



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

Cuento | Poesía | Fotografía

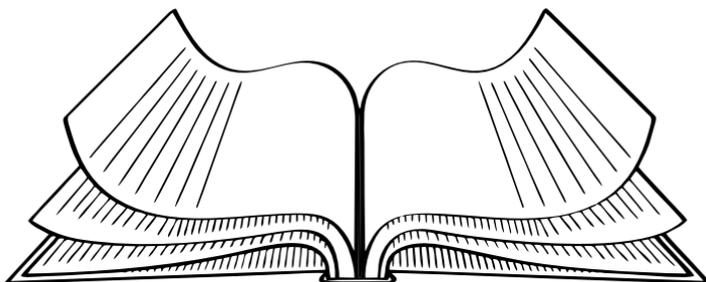
EDICIÓN DE ANIVERSARIO
NOVIEMBRE - ENERO

20

ANIVERSARIO



No. **11**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

2do. ANIVERSARIO

www.porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Lo primero que hizo Teseo.....	6
Yamil Narchi Sadek	
Mi Tío Daniel.....	7
Yamil Narchi Sadek	
Soneto Amoroso.....	8
Alberto Ibarrola Oyón	
Silencio.....	9
Samantha Mañon Estrada	
Polvo.....	10
Mateo Mansilla Moya	

FIRMAS

Cierra los labios.....	11
Cecilia Durán Mena	
Diplomado en Filosofía.....	13
Enrique Héctor González	
El reloj a su tiempo.....	16
Andrea Fischer	
Clásico misterio.....	17
María Elena Sarmiento	
Vaiven de prejuicios.....	18
De Virginia Meade	

IMAGINARIO 20

PERSPECTIVAS

Una extraña fascinación.....	24
Dzoara Vianey Mimenza Berlín	
Alianzas peligrosas.....	26
Juan Pablo Sandoval García	

VOCES

Así veo a Correntoso	28
Guadalupe Alessio Robles	
Números.....	33
María Elizabeth Barragán Jiménez	
Noviembre 1	34
Rodrigo Calafell	
Sospecha.....	37
Katya Ballesteros	

TEXTOS GANADORES DEL III CERTAMEN LITERARIO

De sangre azul.....	39
Alfredo Flores González	
Desde el país del silencio	43
Isabel Hernández	
Adiós, querido	46
Ramón Grimalt	
Mi inocente hija	48
Francisco Enríquez Muñoz	
Lo que dure una botella.....	50
Rita Evelin Díaz Blanco	
Hora de dormir.....	52
Crista Aun	
Hiedra	55
De Pedro Jara Vera	
La muchacha del horizonte.....	56
Senén Orlando Pupo	
A lo que hueles tú	57
Patrocenio Gil Sánchez	
Alguna Vez	58
Guillermo Echevarría Cabrera	
La piel del tigre.....	59
Yonnier Torres Rodríguez	
La tejedora y el agua	60
Rocio Ravera	

CONVERSACIONES

¿Qué es escribir?.....	62
Cecilia Durán Mena	

HABLANDO POR ESCRITO

*Un autor no leído es un autor víctima de
la peor censura: la de la indiferencia.*

Octavio Paz

Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe

La fecha llegó como guerrera silenciosa que a media noche sorprende a una ciudad dormida. Las hojas del calendario se desprendieron y nos estremeció ese júbilo emocionante que da poder decir que estamos cumpliendo dos años. El empeño de atrapar lectores para nunca dejarlos ir sigue despertando nuestros furores, gozos y angustias que nos abrasa el alma y nos impulsa a poner manos a la obra para seguir generando Pretextos literarios por escrito que hagan volar la imaginación.

Esta ilusión de ver nacer cada número de la revista nos enciende y nos quema, nos impulsa a contar historias que se narren con imágenes o con palabras. Cedemos vencidos ante esta incapacidad de contener el mensaje que las musas nos entregan e insistimos en elevar imperios sobre la hoja en blanco. Buscamos en lo más hondo de nuestro ser, desde ese centro innombrable en el que habita la inspiración y abrimos las compuertas a esas presencias subcutáneas que insisten en ocupar un sitio por escrito.

Las ideas nos golpean el alma, despiertan los sentidos, nos erizan la piel, nos activan el olfato, nos invaden con ternura o nos azotan con crueldad. Nacen tiránicas, frenéticas, delirantes o sosegadas, pacientes, correctas: da igual. Se abren espacio y salen como una construcción creativa para lograr un fin noble: lograr una comunión perfecta entre el autor y quien contempla.

Porque, ¿de qué sirve crear si la creación quedará confinada a la prisión de un cajón o se verá olvidada en los entresijos electrónicos de una memoria de computadora o arrinconada en algún dispositivo? Conuerdo con Octavio Paz: la peor censura a la que nos podemos someter es a la indiferencia. Precisamente, esa es la vocación de Pretextos literarios por escrito, habilitar un espacio para que lector y autor cierren la circunferencia virtuosa del encuentro. Buscamos ser el vehículo que transporte al mensaje para que llegue a su destino.

Hoy en día, la posibilidad de que autores y lectores se encuentran es remota y el medio es hostil. Son escasas las oportunidades que existen para que los autores sean publicados. Los lectores están condenados a no encontrar a estos escritores. En esta condición, la revista abre sus puertas para que quienes

tengan una propuesta sería encuentren un lugar que les sirva de trampolín para acercarse a quienes los quieran leer.

Nuestro III Certamen literario recibió a más de tres mil participantes tanto nacionales como extranjeros. El entusiasmo de todos los autores que nos enviaron textos e imágenes fue desbordante y contagioso. La alegría y la sorpresa de ver la respuesta a la convocatoria nos hace albergar la certeza de que este sueño y esta ilusión es universal y compartida por muchos en diversos lugares del globo terráqueo.

El Ser Humano quiere crear.

El fallo sobre los textos que resultaron premiados pasó por el arbitraje de la mesa de edición. Nuestros jueces son escritores forjados en la línea de lucha y formamos el batallón que lucha a favor de la palabra escrita. Cada propuesta fue tratada con un gran respeto y cariño pues los integrantes de este consejo somos escritores y entendemos el proceso creativo y la valentía que se requiere para vencer el temor de someter un texto, de enviarlo a volar y dotarlo con alas propias.

En esta edición se despertarán las risas, se avivarán los recuerdos, se creará la experiencia de viaje, presenciaremos las razones de un asesinato, veremos a Teseo en el laberinto, entraremos en el tiempo propio de un reloj, entenderemos la filosofía de una botella, descubriremos un clásico misterio, nos enfrentaremos al vaivén de prejuicios y echaremos a volar las velas de la mente, honraremos a un tío, haremos un diplomado en filosofía, nos recomendarán cerrar los labios.

Nos felicitamos y nos llenamos de contento.

Festejamos.

Hace dos años nos dejamos llevar por los vientos de este sueño. Despegamos, obnubilados por la emoción. Escuchamos las sentencias de advertencia que con palabras sensatas nos prevenían de las dificultades del proyecto. Fueron muchas las voces que hablaban del fin de la palabra escrita, de las publicaciones físicas y de la falta de seriedad de las publicaciones electrónicas. Despertamos y nos encontramos con una realidad que superó toda expectativa. Y, así, despiertos del todo volvimos a soñar, nos adentramos en los caminos del anhelo. Abordamos nuevamente nuestro barco de velas y zarpamos, una vez más.

Este ejemplar de Segundo aniversario es fruto de un sueño y muchos empeños. Despertamos sorprendidos por el número de quienes se han dejado atrapar y ya no se quieren ir. ¡Enhorabuena!

La editora general



LO PRIMERO QUE HIZO TESEO

Yamil Narchi Sadek

Lo primero que hizo Teseo
al entrar al laberinto
fue desconfiar del hilo

Tuvo la certeza
de estar perdido
y la ignoró

Lo mismo hizo
con la certeza de Ariadna

Tantas certezas ignoradas
requerían
inevitablemente
un final feliz.



Paúl Núñez



Paúl Núñez

MI TÍO DANIEL

Yamil Narchi Sadek

mi tío daniel
tiene
ochenta años
y una colección
de soldados

a veces
a escondidas
su hija lo vigila
cuando en la sala
de la casa
se cree solo
y saca las canicas
y grita a la carga
y su ejército sale
vencedor.



SONETO AMOROSO

Alberto Ibarrola Oyón

El amor sincero que profesamos
a almas que, por sinceras, la paz aman
nos lleva a ser amantes que se encaman
en sueños despiertos que imaginamos.

Desde una límpida mirada amiga,
seguimos amando los corazones,
recíprocamente, dando razones,
dejando que el sentimiento nos siga.

Sabiendo que el pasado no nos mueve,
el presente claramente viviendo,
contemplamos alegres el futuro.

Con un padecimiento más bien leve,
nuestro bienestar estamos queriendo
deseando tener el corazón puro.



Paúl Núñez



Paúl Núñez

SILENCIO

Samantha Mañon Estrada

Existencia primeriza en el universo,
 canto del alma, abrazo de madre tierra.
 Ningún ruido en este bullicioso mundo,
 estado de tranquilidad, entonando calma,
 aún existen personas que en su fortaleza encuentra la paz.
 El mundo pareciera expandir sus horizontes,
 cada vez somos más, control, ambición, desequilibrio,
 el ruido... por favor haz que pare.
 La reflexión es producto de su existencia.
 Sin ella, las personas de ruido ofuscan y persiguen,
 las mismas que encuentran desesperación y caos en su estadia.
 Existen tantos silencios: el silencio vacío y triste
 que vivimos en este país el pasado 19 de septiembre,
 el silencio que forma parte de la ritualidad de
 aquellas comunidades en donde así se recuerda a
 los seres amados el día de los difuntos,
 el silencio de amistades humanas y animales
 que hoy ya no forman parte de este mundo físico,
 que han encontrado su lugar en el mundo del espíritu,
 aquel al que todos hemos de volver un día.
 El silencio acompaña a tantos talentos:
 amigo incondicional de la palabra, porque,
 ¿qué sería de un escritor sin tal inspiración?,
 ¿qué sería de tantas profesiones
 que se fían ciegamente de su poder?
 El silencio también es impotencia,
 silencio de destrucción, el silencio de la incomprensión
 que guía naciones e individuos hacia los actos más inhumanos.
 Arma de doble filo, poder enigmático,
 criatura indomable, pero más allá...
 esencia humana.



POLVO

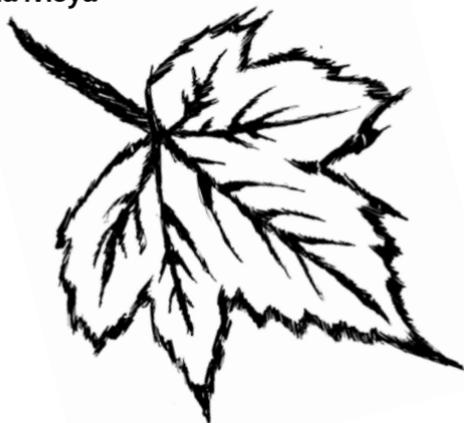
— Mateo Mansilla Moya —

Polvo de hoja otoñal,
víctima de fríos frentes
que despiden al naranja
para bienvenir al azul,
y que flota en el aire:
te aspiro.

Te aspiro y me viajas
por olores de primavera,
por colores de verano,
por sabores de jardín
y momentos de extraño,
que extraño
y que pienso vivos,
cómo te pienso a ti,
que aunque vestigio de vida,
estás muerta.

Y te vuelvo a aspirar para olvidar al presente muerto
y revivir mi pasado primaveral.

Y te vuelvo a aspirar
mientras me congelo en este frío invernal.



Eduardo Caballero



CIERRA LOS LABIOS

Cecilia Durán Mena

No digas nada. Es fácil perdonar a aquellos que nunca nos han importado gran cosa. En realidad, nada se pierde del todo. A veces la mejor respuesta es callar. Si un día acaso despiertas sin saber en dónde estás y no soy yo el que está contigo, guarda la calma. No tardarás en caer en la cuenta. Si sientes que te escuecen las entrañas y que a pesar de los sudores y fatigas te pierdes en el ensueño y te empeñas en recordar mi cara, mejor no digas nada.

Si un día vas caminando por la calle, pensando en la lista del súper y en lo que vas a ir a recoger a la tintorería o en que necesitas unas pastillas de menta de la tienda y te topas sin querer a una pareja que se llena de besos y sientes y suspiras y los miras sin pudor y te acuerdas de mi nombre, por favor, ya no digas nada.

La vida tiene que ver más con las preguntas que nunca nos fueron fáciles y con esas respuestas difíciles que se quedaron en la punta de la lengua. Tiene que ver con los insultos que te dije, con las veces que te fallé por el gusto de hacerlo, con las noches de juerga, con las notas del saxofón que tocaba aquella rubia de nervios; con los arreglos, los desencuentros y con lo que sucedía después de las reconciliaciones; con las sábanas revueltas y con las veces que la cama se quedó intacta. Con las mañanas de resaca y aliento a cigarro y con las tardes que poblabas con aroma a cáscara de mandarina que perdí por ir a escuchar jazz y a derrochar entre esas notas. Tiene que ver con la intención que se perdió e incluso, con la pasión que se disolvió. O quién sabe con qué tenga que ver ni qué razones bifurcan los caminos. Eso ya no importa, no digas nada.

Estarás en otro barrio, recibiendo el desayuno en la alcoba, leyendo las noticias en la cama, saboreando el dulce del jugo de naranja recién exprimido o revolviendo el café con la cucharilla, recostada en los almohadones, antes de iniciar el día. Morderás el pan tostado con mermelada de arándano y te perderás en los pensamientos que te inspiran los pliegues de las cortinas. Y, si el remolino que se forma en la taza al mezclar la crema te trae el recuerdo de mi mirada, es mejor que no digas nada.

No digas nada, si al abrir tu bolso se salen los personajes de mis cuentos y entre tus papeles encuentras la familia de rombos perfectos que te dibujé una tarde anaranjada de finales de verano, ¿o fue en el principio del otoño? Tampoco digas nada si miras la pared del jardín en el que tienes recargada la bicicleta que te regalé y que, aunque está oxidada, sigues llenándole la canasta de flores de lavanda. Estarás concentrada en otros temas y crearás que yo estaré ocupado en otras cosas. Pero si en el fondo del corazón llegas a sentir hormigas en el ombligo, no digas nada.



Eduardo Caballero

Si ese ruido de fondo que nadie entiende te llega a perturbar, si te topas con ese poema que escribí sin albergar más esperanza que la de verte sonreír, si oyes nuestra canción, si lees a Walt Whitman, si encuentras la mandolina que tocaba para que te quedaras dormida, si en alguna figura me reconoces, no te dejes vencer por la tentación. Arruga la hoja del poema, córtale las cuerdas al instrumento, avienta el libro contra la pared. Te lo pido, no digas nada.

No digas nada no es lo mismo que no sueñes nada. Si reconstruir ruinas es cerrar los labios y dejar que la mente vuele en libertad. Entonces, recoge todas tus palabras, guárdalas y échales cerrojo. Entra en la habitación íntima del pensamiento y huye. Huye de aquel barrio al que te alejaste aquel día en que entendiste que yo jamás te pediría que fueras mía por siempre. A ese otro barrio en el que encontraste nacimiento, vida, muerte, entierro, los medios abundantes, en el que nada te será escatimado, ni habrá cóleras, pérdidas, ambiciones, amancebamiento, ignorancia, hastío. Fui lento y mudo. Las notas del saxofón se cayeron a los tobillos. El espejismo que me obnubiló se estrelló y se desplomó roto en pedazos. Sí, ya sé... te suplico que no digas nada.

Hoy escribo para decirte estas cosas, para pedirte que no digas lo que yo me muero por haberte dicho aquel día. Porque en la nostalgia que entraña la cama vacía, despierto sin saber en dónde estás y no hay calma al ver que no te encuentro y tu lado está tan frío. Rechino los dientes y me muerdo las manos al saberte tan lejana. Me consuelo, abrazo la almohada buscando un aroma a mandarina que al paso de los años se desgastó. Es fácil perdonar a aquellos que no nos han importado gran cosa. Por eso, ya lo sé, así que mejor no lo digas.

Te lo suplico: no digas nada. Cierra los labios

DIPLOMADO EN FILOSOFÍA

Enrique Héctor González

Discutían en esa clase a propósito del pensamiento presocrático. Alguien sostenía que el arché o primer principio era la piedra esencial de la fuente que abandonó en el jardín (o sea, afuera de la casa) el mundo mítico. Según este personaje, la zona construida de su metáfora no podría recibir otro nombre que el de racionalidad. Otra alumna pensaba que mito y fantasía, magia e intuición, eran formas del conocimiento plenamente integradas a la mente racional. Para ella, pues, el afuera estaba adentro, y esa casa –como reza el lema de la universidad de escasos recursos y demasiadas subvenciones estatales que los albergaba– estaba abierta al tiempo. La discusión, inútil como casi todas las que el curso favorecía, comenzaba a aburrir hasta a sus protagonistas cuando el primero de ellos dijo una palabra clave: mierda. Nadie supo si se refería a su oponente en turno, al hedor de sus propias ideas, a nadie en particular o a la filosofía misma. El caso es que el silencio se hizo presente con toda su fuerza, como si una enorme mano ciega hubiera sellado unos labios igualmente hipotéticos y gigantescos y, en medio del grupo, los hubiera obligado a callar. Ni siquiera las eleáticas lámparas parpadearon. Cada cual, invitado por el designio inescrutable de esa voz invisible, se puso a conversar consigo mismo. El tiempo se detuvo. El instante valió la pena. ¿Quién sabe qué cosas tenía que decirse cada uno por lo bajo, acaso inspirado por las diez sesiones que ya llevaba el curso! La integracionista se puso de pie, cogió de prisa su libro y se retiró visiblemente ofendida.

Como ocurre en estos casos, la puerta del salón fue azotada de un modo enérgico y el cristal, que en su parte superior servía para asomarse y ver quién enseñaba qué cosa en el aula, saltó en mil pedazos sobre el personaje más próximo, un tipo semicalvo de saco y huaraches. Uno de los vidrios fue a dar, inusitadamente, con el más breve dedo de su pie derecho, haciéndole un pequeño corte. El silencio seguía siendo el caldo de cultivo de la escena. La gotita roja en el dedo nadie, ni siquiera el interesado, la vio.

La discusión, como si nada, tomó rumbo por el lado de la ética. Se dijo: según el neoplatonismo, un comportamiento moral es bueno per se. El bien que se alcanza a través de las opiniones rectas encuentra su fundamento en la práctica de la virtud. Se dijo: poseemos una destreza natural para dar con la armonía, con la salud del alma. Se dijo asimismo: una persona es justa si es aceptada socialmente. ¿Quién pensaba ya en la tipa impulsiva? ¿Quién en la discusión anterior? ¿Quién en el botón de sangre sobre ese dedo desnudo?

De cualquier manera, al salir al descanso que servía de intermedio a cada sesión, Sandra y yo encontramos a la mujer llorando quedamente, sentada en la escalera. Nos acercamos casi por inercia, con ese infalible temor a ser rechazados que todos llevamos tatuado en el alma. Yo vi dos cosas: que la humedad de sus ojos era agua reciente y que llevaba tres aretes en el lóbulo izquierdo y sólo uno en el derecho. Sandra vio cuatro (me duplicaba en todo): que iba mal combinada de ropa, que dudaba al hablar, que no llevaba medias y que gustaba de llamar la atención. Su profesión: psicóloga. La de Sandra. La mujer –luego supimos que se llamaba Nohemí, vivía sola, era histórica de corazón y, efectivamente, evitaba las medias por antonomasia– era educadora. Trabajaba con niños desde hacía diez años. Estudiaba filosofía porque pensaba sinceramente que a sus alumnos, que apenas habían abandonado la mamila, los beneficiaría un sustento cognoscitivo, de preferencia piagetiano, para apuntalar –así dijo– sus métodos pedagógicos. A pesar de todo (lágrimas, sangre, chantaje, propósitos vitales, filosofía pretextual), ambos nos enganchamos en el acto con la hirsuta sensibilidad de Nohemí. La invitamos a comer para el siguiente sábado. Puso cara de desconcierto cuando aceptó complacida.

El día de la cita llegó tarde a clase. Iba tan bien arreglada que no pude dejar de advertir en Sandra un leve rabillo de celos en la mirada. ¿A dónde se imaginaba que la habíamos invitado? Ya en el restaurante –mucho más modesto, por cierto, que sus aretes de piedra y su *parfume très elegante*– nos enteramos de algunas cosas más. Vivía con su padre (para ella eso significaba vivir sola) en una casa casi vacía: habían decidido deshacerse de todos los muebles que les recordaran la presencia de la madre de Nohemí; amaba los perros y los temía al mismo tiempo; le gustaba conocer gente. Noté que miraba más a Sandra que a mí. Eso ya no me sorprende, pues la atracción física e intelectual que mi novia despierta espontáneamente en sus interlocutores constituye incluso parte del encanto que ha ejercido siempre en mí, que tengo una pinta pusilánime que no impacta a nadie. Sin embargo, lo que hacía Nohemí era fijarla con la vista más que sólo mirarla. Poco a poco me fui sintiendo excluido de la conversación, lo que tampoco es novedad.

Cuando dos días más tarde llamé a Sandra para invitarla a cenar, ya me sentí alarmado (acaso sin razón, lo reconozco) cuando dijo que no podía porque esa noche iría al cine con Nohemí. Sé que mi novia no tiene tendencias lesbianas, ni se adecua fácilmente a temperamentos histéricos, aunque una mera intuición *anticartesiana* me decía que algo grave estaba a punto de ocurrir. Le presenté lo que creí una buena razón para disuadirla (un buen vino blanco en el congelador de mi *refri*) pero ella me respondió con otras dos, evidentemente: era la premier del último trabajo de Kieslowski y no había sido nada fácil, para Nohemí, conseguir ese par de boletos. Esa noche hube de conformarme con unas rancias papas de bolsa y una película del cinco que ya había visto tres veces.

No podía dormir. Eran cerca de las dos cuando marqué el número de Sandra. Nadie contestó. La rabia me golpeaba con sus venas incesantes en las sienas. ¿Qué hacer, si estaba enamorado de una mujer que tan rápidamente establecía nuevas relaciones? ¿Cómo conciliar estos celos con el yo como unidad trascendental

producida por la razón, según señaló Kant cuando indagaba, en los vericuetos mentales del individuo, el laberinto de imágenes en el que, precisamente, ahora me debatía? Decidí levantarme y tomar un libro, el que fuera, el chiste era sumergirse lo más pronto posible en otra cosa. Buen ejercicio para relajarse. La sustancia pensante y la sustancia extensa de Descartes consiguieron desvelarme en un lastimoso manual de filosofía. Después de todo, pensé, de algo tiene que servir el diplomado que Sandra se empeñó que cursáramos.

En esas estaba cuando el timbre empezó a desgañitarse en la cocina. Abrí nervioso la puerta de servicio —una manera paranoica de evadir miradas indiscretas, aunque tal vez así precisamente las convocábamos— y vi entrar como ráfaga a mi novia. Venía visiblemente ebria pero aun así, ordenada como era en el plano cognoscitivo (vaya sintaxis diplomada), pudo articular su sorpresa sin gran esfuerzo. Lo sé todo, me dijo. La tal Nohemí es Nohemó. ¿Nohequé?, pregunté mientras la sentaba con dificultad en mi sillón favorito. ¡Que es hombre! Bueno, puto, gay, bicicleta, hermafrodita, no sé, pero tiene pene. (¡Hasta allá llegaste, mi hijita!, se quedó pensando mi dubitativo amor, pero no dije nada.) ¿Y cómo no lo habíamos notado?

Esa noche se quedó a dormir en mi casa. Estaba borracha. Sabía demasiado.

Siempre tuve la duda de cómo llegó Sandra no digamos a conocer la hibridez sexual de Nohemí, sino también el detalle de la presencia del básico bacilo entre las piernas de ese ser nouménicamente inexpugnable, pues cualquier alusión al respecto sólo conseguía sacarla de sí. ¿O sólo lo dijo por decirlo? ¿Quiso alterarme —o alertarme— conociendo mi talón de Aquiles? Con estas dudas llegué a la última clase, en la que, por cierto, se discutió sobre la dicotomía alma-espíritu. Hacia algunas semanas que ya no asistía Nohemí (pongamos que desde que salió con mi Sandwich), pero ese día fue la primera persona que vimos al abrir la puerta del salón. Mejor ataviada que nunca, casi ni nos miró durante la sesión de más de cinco horas, empeñada esta vez —según su costumbre— en una agria polémica con el profesor acerca de la diferencia sustancial entre aliento divino y espíritu puro.

Aproveché que Sandra tuvo que salir antes de clase para arreglar no sé qué asunto por teléfono para acercarme a Nohemí. Me vio como a un perro molesto y curioso. No sabía qué decirle, pero apenas la saludé ella se encargó de todo. Me soltó el rollo más contradictorio que he escuchado en mi vida. Sus ideas se resumirían en estas cuantas frases: Sandra te quiere; estuvimos a punto de hacerlo, pero su alma femenina y mi espíritu masculino hicieron corto circuito; mi padre es mi amo; me gustas, te invito a cenar.

Esta vez, ni Husserl podía salvarme.

Salí corriendo a buscar a mi amada, convencido y feliz de que un diplomado en filosofía, al contrario del universo y la imbecilidad de los enamorados, sea un asunto finito.



EL RELOJ A SU TIEMPO

Andrea Fischer

El cuarto está completamente oscuro, y lo único que tiene iluminado es el rostro. Las manos están entumidas —tal vez el cuerpo entero, pero realmente no se ve nada—: sólo los dedos se mueven con agitaciones sistemáticas, como el tintineo de una máquina de escribir averiada. Los ojos están casi secos: rodeadas por una capa ya densa de lagañas que le cubren las pestañas, las cejas, los párpados —y, ¿en dónde está su mirada? Entre las manos sostiene una pantalla, con la misma celeridad que una madre que teme perder —o hacerle daño— a su hijo recién nacido.

Es demasiado temprano, demasiado temprano, demasiado. Las horas se hacen azul, las nubes se hacen cielo, los vientos, noche. Silbidos inesperados azotan las ventanas cerradas, como una plegaria de asilo. Las hormigas desaparecen debajo de la tierra y detrás de las macetas calladas. Hay polvo, sí, pero hay polvo como en cualquier casa. Sólo que aquí se siente más, porque las cosas son todas más pesadas. Entonces, las partículas de resina sucia revolotean por toda la casa, por todo el cuarto. Se plantan en los muebles, se plantan en las paredes, se plantan en la cama. Las sábanas están frías. Sus labios están sellados.

Pero su cara se mantiene estática: lo único que le da color son las imágenes sucesivas de la base de datos que consulta con avidez. Se actualiza cada milésima de segundo, ofreciéndole una multiplicidad infinita de estímulos que ya se acostumbró a consumir. Para ella ya nada es lento, ya nada es digno de esperarse. La inmediatez la ha consumido en un vaivén de posibilidades infinitas, casi imposibles de abarcar, pero con la necesidad necia de querer abrazarlas todas, aprehenderlas, adueñárselas. El reloj siempre correrá a su propio tiempo.

Ya no siente dolor, el malestar se ha ido: se esfumó como todas las cosas a su alrededor, que ha decidido ignorar inconscientemente por preferir las que están circunscritas a la pantalla que tiene enfrente. Tan individual, tan posmoderna, tan pre-civilizatoria. Las nubes para ella ya no cambian de color. Las hormigas ya no existen, a pesar de que le caminen encima a veces. El polvo se ha convertido en un capullo traslúcido, como el de una mariposa que necesita esconderse de la luz. No modifica su expresión. Las manos no le tiemblan. La espalda no puede encorvarse más.

Da la mañana.

Cierra los párpados.

Cae sobre la colcha empolvada.

El reloj siempre va a su propio tiempo.



Eduardo Caballero

CLÁSICO MISTERIO

María Elena Sarmiento

Al salir de su regaderazo matutino, Rebeca se contorsionó para examinarse las nalgas. Desde la altura de su mirada, sólo pudo ver el extremo exterior de cada una de ellas, por turnos. Un cachete de bulldog colgaba a cada orilla.

Únicamente un espejo le podría desentrañar el misterio de aquellas imaginarias redondeces que a través de los siglos le han valido periodos de prisión a algunos incautos que se han dado el gusto de tocarlas sin permiso; y no cualquier espejo, hacía falta uno de pie.

Mientras cerraba las persianas para no invitar a los vecinos a su primer ritual de autodescubrimiento, Rebeca pensaba en el espejo. De pie. Había quedado escondido detrás del perchero. Despejó los estorbos y al fin, su imagen la reconoció de cuerpo completo. Hubiera querido escuchar las ovaciones pero, temerosa de la crítica, contraía y soltaba. Años de pudor la habían mantenido conocedora nada más de las partes más visibles de ella misma. Llevaba varios días aplazando su decisión. Este domingo ya no tenía pretextos, no tenía prisa por llegar al trabajo, no había informes que preparar antes de presentarse en la oficina. Tenía que saber lo que Gustavo veía en ella que para otros no había sido digno de comentarios.

De espaldas al cristal, giró su torso procurando una visión completa de la reputada hermandad. Su primera impresión fue que no eran dos, sino tres las hermanas.

Su cintura era un tendedero invisible del cual colgaba una almohada hilvanada al centro cuyas plumas se aglutinaban en el fondo, formando dos holanes. De ahí partían dos cojines más pequeños, parientes más desarrollados de los alfileteros.

Para Gustavo, ése era el punto medular de la belleza femenina, igual que para muchos otros. Esos dos colchoncillos sobrevalorados habían sido parte importante del ideal de perfección que elevaba a la mujer al rango de deidad.

Su verticalidad no le permitía ver la base de las nalgas. Es como si hubieran sido diseñadas para instituir un misterio y perpetuar el recato.

Rebeca tuvo que agacharse. Al hacerlo, los cojines se separaron dejando al descubierto el Cañón del Sumidero visto desde las alturas, el arcano mayor, el verdadero tesoro que guardaban los miembros de la legendaria cofradía. Se irguió de nuevo y con la mirada en el espejo a sus espaldas, caminó moviendo el ying y el yang, los guardianes del erario.

Tomó la decisión de no casarse con Gustavo aunque fuera su última oportunidad. La quería por su dinero.



VAIVEN DE PREJUICIOS

De Virginia Meade

El barrendero que recoge la basura viene todos los días a las 9 de la mañana, excepto los viernes que descansa. Él es un hombre huraño, recibe los botes y se retira sin apenas hablar. Desde un inicio impuso sus reglas, le dijo a mi sirvienta: no espero, si está lista bien, si no, hasta mañana; los coches, por favor, que estén separados de la banqueta para que yo pueda barrer; la basura debe estar bien separada. No hay ganancia para mí, si todo el trabajo lo hago yo. Desde la ventana de mi recámara alcanzo a escuchar sus exigencias. Cómo se todo esto, pues inicio mi ejercicio a las 8:45 de la mañana; todos los días oigo el timbre de la puerta, escucho el intercambio de bolsas y dinero. Qué se cree. No necesito verlo para saber lo que pasa en mi casa.

La semana que la muchacha fue a su pueblo para visitar a su familia, tuve que ser yo quien le diera las bolsas de basura; mientras la recibe lo observo, parece que es un hombre orgulloso de su trabajo, su uniforme lo lleva limpio. No sé a cuál de sus ojos debo dirigirme, están desalineados; desde el puente de la nariz desplazada por algún golpe contundente, tiene una cicatriz que sube por su frente, hasta el nacimiento de su cabello, es ancha y, es doloroso verla. Después de tantos años, nunca me había fijado en él y no me atrevo a preguntarle qué le sucedió. Él percibe mi confusión y lo incomoda.

Otra mañana le pregunté su nombre —me molesta no saber con quién estoy tratado— le dije que le pasaría la basura, pero que no me viera porque no estaba visible, cuando le entregué el dinero me sonrió y dijo: no se preocupe, señora estoy acostumbrado. Me cayó mal su comentario, qué le pasa.

Al día siguiente del sismo le pregunto dónde lo pescó. Él me mira como si no me conociera —yo tampoco entiendo qué rayos me importa su vida—, titubeando dice: el terremoto me agarró en la avenida, los botes y las bolsas se jaloneaban de un lado al otro; me agarré de ellos como pude, era lo único que había— mientras habla sujeta la bolsa de basura que le acabo de entregar, tan fuerte que los nudillos se ponen blancos.

Me angustia pensar en el pánico que sintió, ninguna mano o mirada humana con quien soportar el momento de peligro. Se me atraganta la saliva en la garganta. Simón continua sin darse cuenta de lo que yo estoy sintiendo—: Cuando terminó el temblor, empujé con fuerza los botes para llegar al camión y echar la basura; en el camino vi a mis compañeros, como yo, estaban bien asustados y queríamos irnos —me sorprende que un hombre como él exprese con claridad

y sencillez sus pensamientos. Quién lo diría—. Sólo pensaba en mi familia: mi señora, allá en la casa, mis hijos en la escuela. Me fui en mi camioneta hasta que, en Tlalpan, los coches ya no se movían; la estacioné donde se pudo y, me fui caminando igual que mucha gente; creía que nunca iba a llegar hasta que logré subir al tren ligero que va a Xochimilco. Cuando llegué, corrí hasta la casa y encontré la puerta abierta y el miedo que sentí fue horrible, no sé qué pensé. En eso apareció mi mujer toda blanca y atrás de ella mis hijos, que los sacaron de la escuela.

Cuando lo veo irse, empujando el carro donde carga los botes de basura, pienso que no importa quién es él o quién soy yo, la incertidumbre es la misma. El miedo que nos paraliza: dónde están los que amamos; en qué momento debo salir a buscarlos. Poner nuestras esperanzas en un objeto que nos conecta con el mundo, transcurren los minutos y nadie me responde. Forzar nuestras piernas para caminar o correr más rápido, detenernos para llamar otra vez a quien nos espera. Que estés allí, que estés bien. Ya voy para allá.

Aunque la sirvienta ya estaba de regreso, decidí salir y preguntarle a Simón cómo estaban las cosas en Xochimilco. Me mira con dureza y, de repente, me pregunta: Qué quiere saber una señora como usted. Balbuceo, mientras trato de buscar en mi mente la respuesta, es simple curiosidad, preguntar por preguntar, por solidaridad o, porque él ha dejado de ser invisible para mí. No sé. Le contesto que me interesa saber si él necesita algo. Él dice que abajo, donde él vive, las casas aguantaron y la gente está bien, pero que arriba en el cerro, en el barrio de Santa Cruz entre otros, muchas casas se cayeron, que allá no ha llegado la ayuda; no tienen ni gota de agua ni alimentos, aunque hay gente trabajando día y noche.

Me platica que dos muchachos le pidieron de favor que los bajara para conseguir agua y que, cuando Simón termine su turno, los lleve de regreso hasta dónde pueda llegar la camioneta; desde ahí, ellos y otros vecinos subirán los garrafones porque, nomás los que son de Xochimilco tienen permiso de pasar hasta arriba. Es la costumbre del pueblo.

El ladrido de los perros me saca de mis pensamientos, gruñen porque escuchan las ruedas del carro de la basura entrar a nuestra calle. Simón me cuenta que su esposa está muy enojada porque no tienen agua para lavar la ropa. Él le dijo: mujer, estate quieta, aguántate con lo que tenemos limpio. Poco a poco iremos solucionando todo. Fue entonces que me mira de una forma diferente y me regala una de sus raras sonrisas. Me pregunta: señora, cómo está usted.

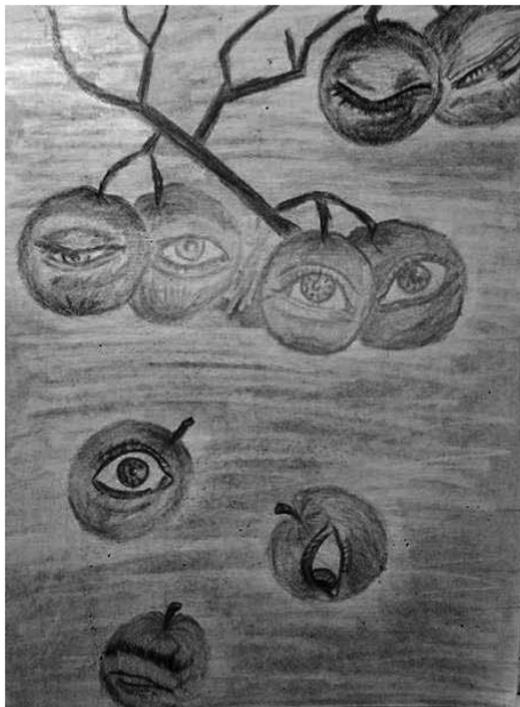




Hojas
David Limones



El pájaro negro
Sofía Pavia de Araujo



Miradas
Yadira I. Cruz Meléndez



Juan Rulfo
Mauricio Vega Vivas



Al frente

Aurea Zepeda Muñoz
Ganadora del concurso de fotografía



Fuerza México

Aurea Zepeda Muñoz



Puño

Aurea Zepeda Muñoz



El Valle de escorpión
Alejandro Varela

Un contrapunto fresco sobre las emociones que despierta Shakespeare

Coordinado por la Profesora
Diana Patricia Benítez Rodríguez
Romeo y Julieta,
 William Shakespeare

UNA EXTRAÑA FASCINACIÓN

————— **Dzoara Vianey Mimenza Berlín** —————

Siempre he sentido una extraña fascinación por la literatura inglesa. Desde muy pequeña comencé a leer novelas y poemas que me llevaban a lugares que, en mi mente, siempre había querido visitar —a pesar de que jamás hubiera escuchado hablar de ellos—. Debido a mi falta de conocimiento, a los doce años creía que *Romeo y Julieta* era una novela...luego aprendí que era una obra de teatro.

Toda la vida había escuchado sobre William Shakespeare, ese hombre tan enigmático, aquel legendario dramaturgo. Sin embargo, al leer la obra me di cuenta de que Shakespeare me llevaba a lugares igualmente cautivadores que aquellos sobre los que leía en mis novelas favoritas, lugares que no eran precisamente físicos.

Las emociones que él retrata son fuertes, pasionales y fatídicas. Creo que la obra me gusta, no por la historia en general, sino por la individualidad de los sentimientos de los personajes y la manera en la que cada uno de ellos decide manejarlos, ya sea sobreponiéndose o sucumbiendo a ellos. Mis dos personajes favoritos, Romeo y Mercucio, me resultan interesantes por esta misma cuestión, ya que sus palabras y acciones presentan una gran complejidad para quien desea comprenderlos a profundidad. Por ejemplo, Romeo, al inicio de la obra, sucumbe a sus emociones con respecto al desamor que sufre gracias a Rosalinda

y se esconde del mundo; huye de todo y de todos. Sin embargo, cuando conoce a Julieta, se muestra valiente, decidido y temerario, pues en ningún momento le presta importancia al sentimiento de amenaza que lo acecha por desear casarse con la hija del enemigo de su padre. Es decir, se sobrepone a todo con tal de estar con ella.

La obra en sí es un llamado a la sociedad para crear conciencia sobre las catastróficas consecuencias que puede traer un conflicto cuando éste se mantiene por tanto tiempo y sin motivo alguno. Creo que es necesario aclarar que, a pesar de que la sociedad del siglo XVI era muy diferente a los tiempos modernos —he ahí el hecho de que a mucha gente le parezca absurda la trama de la obra—, si se analiza con detenimiento, el mensaje que Shakespeare da es claro y conciso, y fácilmente puede aplicarse a nuestra época (quizá sólo habría que aumentar las edades de los personajes y ponerles un celular en la mano).

Otro de los aspectos que me interesaría rescatar de la obra de Shakespeare es lo relacionado con el destino. Si bien, en el mundo clásico se tenía la creencia de que el ser humano estaba predeterminado a actuar de cierta manera porque los dioses desde un principio ya tenían un plan para él, en Shakespeare se rompe con todo esto. Los personajes no están sujetos a ningún destino divino, sino que son sus

acciones y las acciones de aquellos que generaron desde un principio el conflicto que los atrapa, las que definen cómo será el desenlace de su historia. Cada decisión que toman, cada paso que dan es lo que los dirige a su terrible muerte. En este sentido, me gusta siempre pensar en los fatales “si hubiera...”, por ejemplo, si la carta hubiera llegado a tiempo, si Julieta no hubiera tomado el veneno, si Romeo hubiera llegado minutos después al cementerio, quizá hubiera encontrado viva a su amada. Quizá hubieran tenido un final feliz.

No obstante, parte de la tragedia de Shakespeare radica precisamente en las decisiones que sus personajes toman a partir de sus pasiones y de sus sentimientos más profundos. Creo que, en esta obra en específico, todo resulta mucho más trágico por el hecho de que los protagonistas son prácticamente unos niños, algo que sabemos gracias a las acotaciones implícitas, al igual que su aspecto físico, el tipo de educación que han recibido y su calidad humana. Su conflicto es sencillo: son ellos contra el mundo, su amor contra todo lo que dicta la sociedad de Verona.

El planteamiento de Shakespeare comienza siendo algo sencillo: dos familias de igual

dignidad que han estado en guerra por mucho tiempo y dos jóvenes amantes, ambos pertenecientes a cada una de estas familias, que por conflictos que no son suyos, pagan con la muerte la osadía de amarse. No obstante, es a lo largo de la obra cuando las cosas se complican más, pues comienzan a involucrarse más personajes (jóvenes de los Capuleto y los Montesco) que también, al final, resultan víctimas de todo ese conflicto.

La obra me encanta porque me hace reflexionar sobre muchos aspectos de mi vida cotidiana y de la sociedad en la que me desenvuelvo. Existen tantas guerras no proclamadas de las que formamos parte sin siquiera pedirlo o incluso saberlo; tantos inocentes que han pagado el precio de crímenes cometidos por nuestro gobierno corrupto, tanta impotencia...

Shakespeare tiene la capacidad de tocarme el alma aún después de tantos años y creo que por esto, aunque *Romeo y Julieta* no es precisamente mi obra shakespeariana favorita, no puedo evitar sentirme abrumada ante el destino que encontraron estos dos desafortunados amantes.



Eduardo Caballero

ALIANZAS PELIGROSAS

Juan Pablo Sandoval García

Como en cualquier obra de Shakespeare querer definir el tema de Romeo y Julieta como uno sólo, sería simplificar el genio del dramaturgo. Podríamos decir que la temática principal es la pasión en su esplendor y el fatal impedimento que la complementa y, siguiendo las ideas de Denis de Rougemont, identificar a los protagonistas con unos nuevos Tristán e Isolda, enalteciendo de nuevo el tema amor-muerte. Podríamos señalar que el tema es el odio irracional y sus consecuencias o podríamos hablar de la imprudencia humana de jóvenes y adultos, y de la endeble idea de que los conflictos se arreglan intentando ponerle trampas al destino. Sí, pero también están presentes la lealtad y la amistad, lazos fuertes que despeñan a Romeo al precipicio de la venganza y, al matar a Teobaldo, tuercen su propósito inicial de pacificación.

No se puede dejar de hablar del tema de la irresponsabilidad y deslealtad a sus señores por parte de la nodriza y el sacerdote y, por mencionar uno más, el tema de la desobediencia rebelde, tan típica de los jóvenes, a los dictados de la sociedad. Todos estos temas, en que la creación de alianzas permea las acciones de cada uno de los personajes, integran la intrincada trama con la que Shakespeare reviste esta historia.

La situación inicial sólo nos muestra a dos familias principales en rivalidad feroz. No conocemos el inicio de esta disputa, pero es evidente que la balanza no se inclina para dar la razón a ninguna de las dos y por ello siguen compartiendo violentamente las calles, las plazas y la sociedad de Verona, tensando el aire público con su odio. Magistralmente el autor hace que los jóvenes protagonistas se conozcan en una mascarada. La máscara, más que volvernos otros, nos hace olvidar quienes somos. La máscara borra nuestra personalidad y, así como lo hacen unas zapatillas con tacón o un ropaje inusual, modifica nuestra manera de actuar. Romeo y Julieta al conocerse en la mascarada son unos nuevos

Adán y Eva sin antecedentes. Tanto es así que al descubrir sus identidades surge el deseo de deshacerse de ellas, como de un ropaje estorbo.

Pero si los jóvenes actúan impulsivamente, no sucede menos con los adultos. La nodriza en su inconsciencia olvida sus obligaciones y, traicionando la confianza de sus patrones, se presta al nada inocente papel de la alcahueta; después, sin embargo, una vez ocurrida la muerte de Teobaldo y la huida de Romeo, tratará de disuadir a su pupila a retomar las convenciones y casarse con Paris. Con un deseo muy cristiano de resolver los conflictos y crear alianzas, a la manera de los grandes poderes en Europa, el padre Lorenzo por su lado, precipita la boda de los jóvenes apasionados y una vez complicada la situación, sin tomar responsabilidad de sus actos como confesor de Julieta y hablar con la familia, se esconde en una estratagema que tiene los trágicos resultados que conocemos.

Es precisamente esta acción desleal hacia los padres, por los jóvenes y sus tutores, lo que provocará el nudo de la acción. Romeo y Julieta han sellado su unión, inclusive consuman su matrimonio, aunque el asesinato de Teobaldo ya ha sucedido y ya no hay vuelta atrás en la lealtad del uno por el otro. No hay lugar para explicar la situación y lograr una reconciliación cuando se ha provocado la muerte de personajes principales para las dos familias.

El conocido desenlace de la obra parece que invita a la reflexión sobre las consecuencias del odio; pero esto no excusa la imprudencia de los diversos actores de esta tragedia. Si en el nudo de la obra vimos a las familias afectadas por la muerte de miembros cercanos, ahora son los hijos de ambas los que yacen ante ellos. ¿Son las pequeñas acciones a fin de cuentas lo que ha movido los hilos de las voluntades? ¿O son las voluntades lo que, como en la vida real, han convertido un pequeño conflicto en una gran tragedia? Tragedia que representa, al quitarnos las máscaras al final del baile, quiénes somos en realidad los seres humanos.



ASÍ VEO A CORRENTOSO

Guadalupe Alessio Robles

Era una tarde luminosa, me encontraba en el jardín disfrutando de los árboles que comenzaban a florecer, cuando sonó el teléfono. Pronto, muy pronto esa calma se transformó, sólo tuve que escuchar su breve explicación. Las palabras resonaron como tambores en mi cabeza. Inmóvil. Confundida. Sin poder articular palabra alguna. Un intenso escalofrío recorrió todo el cuerpo y el miedo me invadió. Desde lo más profundo de mí ser, había algo que me inquietaba y al recibir esa llamada mi temor aumentó.... los resultados en efecto no eran nada buenos.

Como sucede con todas las realidades adversas, me costó trabajo hacerme el ánimo de que era cierto. No podía creerlo, me resistía a creerlo, pero ya no cabía la menor duda. Entonces surgieron muchas vacilaciones sobre lo que el futuro me depararía, en adelante el camino a seguir sería muy pero muy difícil.

Lo de antes, sólo había sido un mal sueño, una especie de trance, una mala jugada por la que algunos mortales tenemos que pasar. Después de todo, así es la vida, pensé. Por más de ocho años, las cosas habían marchado sobre ruedas, había seguido las indicaciones al pie de la letra y todo estaba en orden, sin ningún contratiempo. A pesar de los tratamientos y de los procesos dolorosos por los que había tenido que pasar, veía el futuro prometedor.

Poco a poco, con el paso del tiempo mi vida había vuelto a la normalidad y así comencé a realizar las tareas que había dejado de lado. Estaba segura, tenía el pleno convencimiento de que por fin todo había terminado y de que ese mal nunca más regresaría... pero el destino hizo de las suyas.

Esta vez, a diferencia de la anterior tuve mucho miedo. Era un miedo sórdido, un miedo peor que los otros miedos, porque no sólo contenía y acumulaba el miedo de antes, sino también el de ese momento. Sentí un gran enojo y mi reacción al desahogo fue tardía, no acababa de comprenderlo: ¿Qué hice mal? ¿Por qué otra vez? ¿Por qué a mí?

No encontré respuestas a todas estas preguntas, nadie me pudo contestar.

Con el tiempo tuve que aceptar una vez más todo lo que vendría; estudios, intervenciones quirúrgicas, tratamientos, y por consiguiente

dejar de lado las actividades diarias que le daban sentido a mi vida. El malestar me embargaba y conforme pasaba el tiempo todo se tornaba más sombrío y complicado; mi físico se deterioraba día a día, mi estado de ánimo estaba por los suelos y los tratamientos me hacían sentir muy mal, cansada, triste y con mucho dolor.

Cuando por fin el tratamiento había terminado, me informaron que seguía otro. Todo eso tornó mi vida aún más triste y lo recuerdo como una de las experiencias más difíciles por las que he tenido que pasar. Además, cada uno de los miembros de mi familia trató de digerir la noticia a su modo, con miedo y con mucha incertidumbre, a veces ignorando lo que sucedía, como tratando de protegerse a sí mismos. Pero a pesar de que ellos y mis amigos fueron un gran apoyo y una gran compañía, no podían entender por lo que estaba pasando. Ensimismada en mis reflexiones concluí que tendría que sacar fortaleza dentro de mí misma. Ya me había demostrado con anterioridad a mí misma y a los demás de lo que era capaz, y esta vez reforcé aún más mis propias convicciones.

Años atrás había tenido la capacidad de sobreponerme a este mal y había salido avante, más fortalecida y segura de mí. Al analizar mi historia me percataba de que éste era un obstáculo más que tendría que vencer.

Mi mente debía estar abierta para generar cambios constructivos para que redundaran en una mejor calidad de vida. Estaba consciente de que nada ni nadie puede hacernos tanto daño como nosotros mismos y nuestros propios pensamientos.

Entonces comprendí que la felicidad está relacionada con la aceptación de la realidad; con confiar en la vida, sacándole siempre lecciones de aprendizaje y de superación personal, que se esconden detrás de cualquier situación que nos toca afrontar. Así advertí que podía ser dueña de la actitud que tomara frente a las circunstancias. Pasado el tiempo y después de varias operaciones y tratamientos, me informaron que se necesitaba un nuevo estudio (*PET*), el cual desconocía, sólo sabía que era un scanner que rastreaba todo el cuerpo, y ese día tendría que presentarme temprano en el hospital. En cuanto llegué, me pasaron a una habitación donde me inyectaron un medicamento y me dieron a beber varios vasos de un brebaje de color blanco que dejaba un muy mal sabor en la boca. Me dejaron descansar una hora en un cuarto oscuro, para después pasar a otra habitación muy amplia con una gran luminosidad.

Me pidieron que me recostara en una cama muy estrecha con los brazos doblados y puse mis manos entrelazadas bajo sin cabeza

sin moverme. Entonces, la cama comenzó a subir y a subir y a subir, para posteriormente penetrar en un túnel muy largo donde algo daba vueltas. La enfermera ya me había informado que sólo a los niños y a los ancianos se les daba un tranquilizante antes de hacerles el estudio, por lo que me abstuve.

La sensación de estar en aquel túnel fue terrible, comencé a sentir pánico y claustrofobia. No debía moverme ni hablar. ¿Qué hacer? me pregunté. Comencé a rezar, pero llego el momento en que pensé que ya era suficiente. El tiempo pasaba y yo no podía salir de aquel túnel, mi angustia aumentaba. Decidí pensar en algo agradable para que el tiempo pasara más rápido. Sí, era cierto a lo largo de mi vida había experimentado situaciones agradables y momentos de gran felicidad.

Mi mente comenzó a recorrer cada uno de ellos, hasta que me vino a la memoria aquel maravilloso viaje que realice algunos años atrás con mi papá, mi hermana y mi cuñado. Después de todo, asumí que yo tenía en ese momento el control de mis pensamientos y después, lejos de sentirme vulnerable ahí dentro, tuve la capacidad de controlarme y me permití pensar en algo positivo. Recuerdo que, en aquella ocasión, cuando me invitaron a ese viaje dudé mucho ya que estaba por terminar el posgrado en la Universidad y sólo me faltaban dos materias. Uno de los maestros era implacable, si faltábamos a su clase estaríamos fuera y tendríamos que repetir la materia. Por otro lado, la maestra que impartía la otra materia nos había dicho que esa semana no habría clases.

Decidí arriesgarme y enviar al profesor y a su asistente un atento mail, en el que les informaba que “por causas de fuerza mayor”, esa semana no podría asistir a su clase. El profesor estuvo de acuerdo y de este modo todo quedó arreglado, solucioné el asunto y pude realizar ese extraordinario viaje. Mi mente comenzó a visualizar todos y cada uno de los detalles; la atmósfera radiante y luminosa, los paisajes y la vegetación exuberante de ese hermoso lugar, y las cimas nevadas que resplandecían inmaculadas sobre la pureza azul del cielo. Todo me parecía increíble, era como si lo estuviese mirando en ese preciso momento.

Al permitir que la mente se soltara, volara y continuara observando, todo aquello me pareció tan real, que incluso llegue a escuchar el susurro, suave y ocasional del viento en las frondas de los enormes pinos y arrayanes, y el crujir de las hojas en nuestro paso por el bosque. Recuerdo que lo verdaderamente importante era gozar de aquella inmensidad y de aquella calma, de aquel paisaje sereno y resplandeciente.

Habíamos llegado en el mes de octubre a Buenos Aires, para tomar inmediatamente el avión rumbo a Bariloche. Mi cuñado había rentado unas pequeñas villas que estaban muy cerca del Lago Nahuel Huapí y como teníamos un carro, nos fue muy fácil transportarnos a nuestro antojo por doquier y conocer lugares increíbles. Observando el mapa del lugar, mi cuñado nos comentó que, del otro lado del Lago, había una pequeña población que se llamaba “Villa Angostura”. Era un lugar alejado, y tendríamos que tomar la carretera que bordeaba todo el lago, sin embargo, esto nos permitió ver innumerables caídas de agua, ya que la nieve de las cumbres se estaba derritiendo porque comenzaba la primavera, eran unos paisajes asombrosos.

Recorrimos el pequeño pueblo caminando y en uno de los comercios, mi papá preguntó a una de las vendedoras si recomendaba algún lugar cercano para almorzar, la mujer nos informó que unos kilómetros más adelante había un pequeño hotel donde se comía de maravilla. Tuvimos que buscar con un poco de dificultad aquel lugar, ya que había una desviación por donde teníamos que bajar. El hotel era pequeño, pero muy hermoso, su nombre me llamó la atención, se llamaba “Correntoso”. La entrada era cálida y amigable, estaba fabricado con madera de pino, en su interior había cuernos de alce y de ciervo colgados en las paredes.

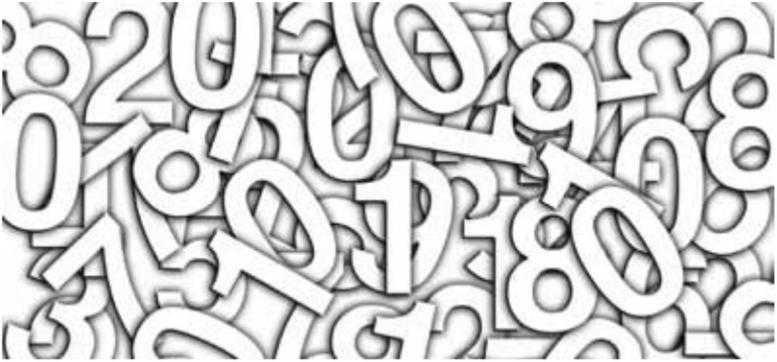
Aunque no estábamos hospedados, preguntamos si podíamos almorzar y una amable señorita nos guio a un pequeño comedor con unos ventanales enormes, desde donde se podía apreciar un hermosísimo lago color azul plumbago con destellos de plata y una corriente intensa, y a los lejos la vista de los Andes nevados y del Parque Nacional. Lo recuerdo como una experiencia única. Jamás había visto algo igual.

La vendedora no se equivocó, nuestra comida estuvo excelente y con un servicio de primera. Este pequeño hotel tenía la particularidad de que estaba ubicado en un lugar único, ya que estaba situado cerca de la desembocadura del “Río Correntoso”, en su unión con el Lago Nahuel Huapí. El paisaje era asombroso: ¡un pequeño río que unía dos porciones de un enorme lago, llevando de un lugar a otro un enorme caudal de agua! Por eso lo llaman el río más corto del mundo y de ahí su nombre. Después de almorzar caminamos por el lugar y nos deleitamos con el paisaje y la vegetación circundante. Mi mente continuaba absorta mirando todo aquello, recordando con añoranza los buenos momentos y los magníficos lugares que visitamos en aquel inolvidable viaje.

Súbitamente la cama comenzó a moverse poco a poco, dejando atrás ese largo y oscuro túnel, y aunque continuaba con los ojos cerrados percibí la luz tenuemente.... ¡estaba saliendo del túnel!

Lentamente abrí los ojos y me incorporé, dos médicos me esperaban para ayudar a levantarme. Con una sonrisa de complicidad les sonreí, mi mente me había permitido experimentar de nuevo ese inolvidable viaje, para posteriormente regresar al cuarto del hospital. El sólo recuerdo de “Correntoso” hizo que la angustia y la inquietud desaparecieran. El tiempo había pasado más rápido de lo que pensé. Mis pensamientos y todos esos gratos recuerdos me habían ayudado a sobre llevar esta experiencia inquietante, pero aun así necesaria. Mi espíritu se había fortalecido, fue así como encontré la luz al final del túnel.





Eduardo Caballero

NÚMEROS

— María Elizabeth Barragán Jiménez —

Había más de seis millones de personas en el mundo cuando nací. Menos cuarenta y tres mil ochocientos horas que solamente mis padres parecen recordar. Entre la caja con 36 crayones que siempre quise para llevarla a la escuela. Aunque, ahora que lo pienso, sería también entre los cinco años que sufría observando a los demás niños coloreando el arcoíris de colores diferentes, mientras que mi gato, mi perro, mi casa y mi familia eran azules. Más diez minutos que pasé en el baño de la secundaria con pánico porque estaba sangrando. Menos mi primer *crush* que me llevo a restar noventa y nueve más. Entre las mil canciones que me recordaban a ti y a él, y a Carlos, Tomás, Javier y hasta al Bryan. Más los dos minutos que me tomó decidirme si contarle a mi mamá que ya no era tan María la Virgen como ella creía, pero nada comparado con los dos meses que me llevó decidirme ser aburrida y rica, o aventurera sin pan que comer. Entre los diecisiete días con una hora y dos minutos que me llevó olvidar al brasileño — ¿o era el español? — pero ¿quién cuenta? Más cuatro años de estudio y trabajo ... trabajo, estudio y números. Entre otros seis en los que decidí poner fin a mi dieta y aun así conquistar a Mateo. Menos un segundo que le tomó al conductor pasarse el rojo mientras yo cruzaba el verde, se acabó.

$$* 6,000,000-43,800=5,956,200$$

$$*5,956,200/36=165,450$$

$$*165,450/5=33,090$$

$$*33,090+(10-1-99)=33,000$$

$$*33,000/1,000=33$$

$$*33+(2+2+3)=40$$

$$*40/(17+1+2)=2$$

$$*2+4=6$$

$$*6/6=1$$

$$*1-1=0$$

NOVIEMBRE 1

Rodrigo Calafell

feliz cumpleaños

desde que cortamos
he intentado organizar mi vida lo más posible

normalmente cuando algo está desorganizado
es más fácil ocultar las partes feas y taparlas con algo encima

pero yo busco lo contrario
y me gusta fingir que mi vida está organizada
para demostrarme a mí mismo que está bajo control
por más que cierro los ojos cada que veo algo que no está bien

por más que no me quiero dar cuenta
que está mal que no abro *whatsapp* durante días
cada que recibo un mensaje que me da miedo

por más que prefiero faltar 6 veces seguidas a clase de Taller de
Narrativa
para tapar el hecho de que llevo 6 semanas sin querer hacer tarea

creo que es un problema grande que si pienso en mis acontecimientos
grandes del año pasado
todos los relaciono contigo

por ejemplo
el día que entregué mi proyecto final de animación
lo relaciono con que ese día me rasuré en la mañana
y te mandé una foto en chones.

el día que mi mamá contrató *spotify premium*
yo estaba afuera de la casa de Puerto Vallarta
esperando a que salieras del antro
para que fueras a dormir conmigo
pero nunca llegaste.
(para mí fue un acontecimiento importante contratar *spotify premium*)

cortamos el 11 de octubre
y empecé una lista de libros que he leído desde entonces
llevo 208 libros desde ese día

y sé que debería sentirme algo orgulloso al respecto
pero no lo estoy

todo este tiempo te he estado culpando de manera injusta
porque siempre esperé que me dieras las gracias después de haberte
dejado vacía
como si dejarte irreconocible fuera algo por lo que debería sentirme
orgulloso

desde julio, 2017
empecé a escribir un librito al mes
juntando todo lo que escribo cada ~30 días
desde noviembre, 2016
empecé a hacer playlists mensuales
recopilando todas las canciones que me hacen sentir algo fuerte

empecé a escribir este texto
porque hoy me di cuenta de que tu cumpleaños es hoy
primero de noviembre
justo el día del mes en el que empiezo a escribir y a juntar música de
nuevo

me encanta hacer listas de cosas que hago
y de cosas que me gustan
pero nunca he tenido la valentía/honestidad
de hacer una lista de cosas que no me gustan de mí
y que quiero dejar de hacer

creo que no puedo serle “fiel” a la niña que me gusta
a menos que esté despierta y haciéndome caso

este semestre
una niña del Tec
me pagó para que curse
una materia en línea por ella

cada que olvido hacer una de sus tareas
o repruebo un trabajo
dejo de abrir whatsapp por varios días
porque no quiero ver sus reclamos
pero diario pienso en ellos

ni siquiera conozco a la niña
ni me importa ni es mi amiga y la odio
pero esos días no me atrevo a abrir whatsapp

ni para ver los mensajes de personas que sí me importan

no sé cuál es la terapia que necesito

ni siquiera sé cuál es el catalizador que me hace falta para querer cambiar

llevo más de un año registrando
organizando y acumulando
una lista enorme de todo lo que hago
pero nunca me detengo a revisarla y a pensar qué significa

me prometo para el próximo texto
al menos plantearme una solución o una meta



Omar Feram

SOSPECHA

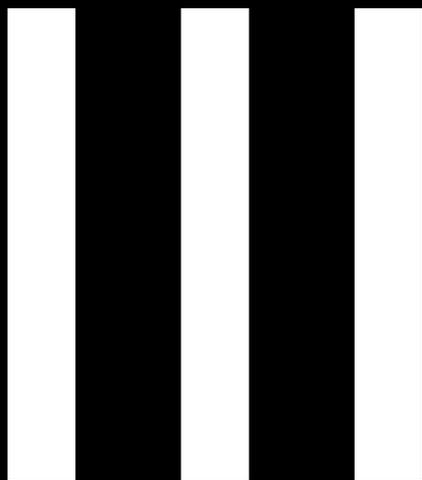
Katya Ballesteros

El sótano de mi vecina ha sido evacuado y hay cintas de advertencia cubren la pared. Esta mañana, el detective Gibson caminaba de un lado a otro buscando una prueba que lo ayudara a resolver tan misterioso incidente. Como un gato de largos bigotes, repasaba con la mirada cada una de las esquinas de aquel cuarto tan oscuro. Tras una pequeña pausa, se percató de la mancha roja que invadía gran parte de la alfombra. Tomó cuidadosamente un cabo de vela para poder observar con más claridad, un hedor a humedad y sangre llenaba la habitación. Frunció el ceño y alzó la mirada para encontrarse con el rostro confundido de su asistente, Lorraine. Se puso nuevamente de pie y pidió a sus colegas que entrevistaran a los vecinos para tener un amplio conocimiento de la víctima.

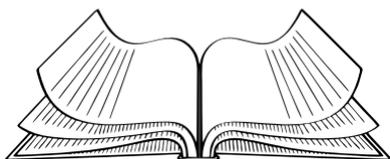
Sonó el timbre. Salí para encontrarme con un oficial de mirada fría; lo hice pasar a la sala. Sacó una libreta para así comenzar a interrogarme, ¿vio en los últimos días a la Señora Jenkins?, preguntó mirándome fijamente. Negué con la cabeza incitándolo a que prosiguiera. ¿Dónde se encontraba el día de ayer a las 8:45?, insistió. Volvía del supermercado, respondí de manera directa. ¿Cuándo regresó a casa vio algo sospechoso o fuera de lo normal?, alzó una ceja. Todo se encontraba tranquilo, le dije y me encogí de hombros. Entrecerró los ojos y se puso de pie para salir de la casa después de una breve despedida. Por fin entendí que no tendrían oportunidad de atraparme.



GANADORES DEL



**CERTAMEN
LITERARIO**



**PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO**

2do. ANIVERSARIO

DE SANGRE AZUL

Primer lugar del

III Certamen literario modalidad relato breve

Alfredo Flores González

México

Al alba tañen las campanas de la iglesia. Huele la guayaba y el laurel. Hileras de papel picado se bambalean apenas, en la mustia brisa. Algunas muchachas tienden ramos enteros de cempasúchil a la entrada del panteón, mientras que algunos pétalos se disponen para decorar el suelo de la calzada principal que desemboca en el parque de la plaza, hasta el quiosco, donde se dice que murió finalmente, de varios disparos de arcabuz, el tolteca emplumado.

Lo mataron los españoles —me han dicho con orgullo—, por allá, en los tiempos de la conquista, bajo la orden de algún virrey. Dicen que era un semidiós, o que pudo ser un mutante, como los personajes que ahora aparecen en el cine. Que protegía un manantial o un importante yacimiento de plata u ópalo. Que su única vestimenta era un taparrabos y que vivía en el cerro negro, detrás de lo que ahora es la nueva nerópolis, del otro lado de las fábricas, de la central camionera y de la recién inaugurada autopista de cuota.

Lo que no se sabe con exactitud, es si a su muerte —o mejor dicho, ejecución— le siguieron las celebraciones de Todos Santos y los Fieles Difuntos, como una consecuencia directa, porque los anales católicos ni lo confirman, ni lo refutan; o fue debido al nacimiento de esta tradición, que al tolteca le dio por aparecerse otra vez, aunque en calidad de espantajo y espíritu, tomando dicha fecha como su onomástico de renacido; pues quienes refieren su historia, coinciden en que sólo durante estos días de festejo de ultratumba, se le podía ver desplazarse por el pueblo; con sus plumas chamuscadas, su luenga barba gris y unos mechones endrinos que le caían en la frente; con pies que parecían de piedra, la piel escamosa y más bien rondando la mediana estatura. Lo veían atravesar el jegüite, más allá del

llano y los tremedales; acostado al amanecer, en los surcos de los huertos; descender por los peldaños del hospital, o abriendo las puertas traseras de una ambulancia; por las ramas gordas de las higueras y los ahuehuetes, y hasta acurrucado al fondo de los gallineros. Los antiguos tlayacanques lo veían caminar conmovido, como ensimismado por el desprecio y la deshonra; desheliéndose las manos, frotándolas contra la corteza de un pirul, cuando la mañana ha sido demasiado fría. Hubo quien le vio directo a los ojos de obsidiana, que parecía que ahí dormían las constelaciones, o como que en ellos se guardaban todos los sueños; una negrura y profundidad insostenible para ninguna mirada. Unos decían que dejaba un rastro de chapopote. Otros, que lejos de invocar demonios, espantaba el aquelarre en cuanto se oía cerca el pesuño de la pata del diablo. El más anciano dijo que antes escarbaba la tierra para alimentarse de caracoles y lombrices, que después cazó conejos y robaba gallinas. Que ya luego, con el inicio de las costumbres de la ofrenda y los altares, era quien daba los primeros mordiscos a los tamales y las enchiladas, que se sumergía en los platos de mole verde y pozole. Y que lo sorprendían escupiendo las semillas de la guayaba y cigarros chupados en los arbustos.

Pero eso era mucho antes todavía de la guerra cristera. Ahora su único indicio de corporeidad es cuando avanza entre las lápidas, acariciando una mejilla, o ensortijando sus dedos sucios en una cabellera de mujer, o rozándole el huipil o un listón en la trenza. O cuando se asoma entre el humo del copal, entre los tonos rosáceos de la lumbre, o cuando se vislumbra en ellos su contorno. La cara abotagada, los parpados flácidos, esa piel color yodo, y siempre rodeado de insectos; que es la imagen que perdura desde los primeros recuerdos de la tradición oral. Caminando torpemente entre rezos y sollozos, y aplacando su sed milenaria en el jaibol, el caballito de tequila o de brandi, así como en el vaso de la jamaica, la horchata y hasta en la jarra de pulque.

De un tiempo para acá, este pueblo añoso se había acostumbrado a que el tolteca apareciera cada día de muertos. Hablaban de él, casi como de un santo. Decían que cuando

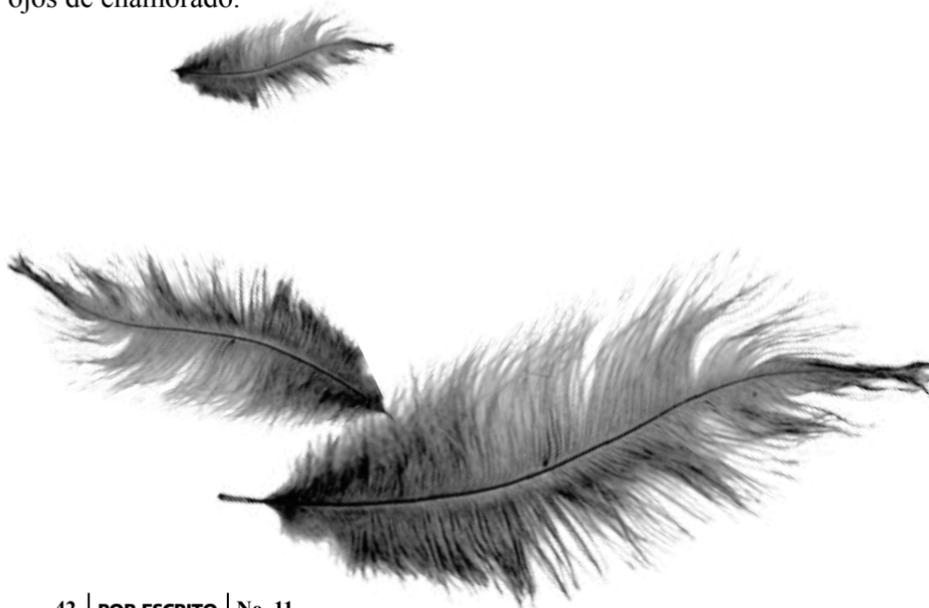
lo veían paseando por la milpa, el elote desarrollaba grano grande y más dulzón. Que si miraba las nubes, era signo de un próximo aguacero. Que si se mojaba los pies con el tequila u otro aguardiente, tomado de alguna ofrenda, en los arroyos cercanos habría buenas pescas. Que en general, todo en él, era un buen augurio. Pero también se cuenta que una vez ocurrió algo insólito, cuando vino una pareja de norteamericanos a presenciar la celebración. Ella, una curiosa y alta rubia; él, un distraído diletante. Era una vigilia común de otro 2 de noviembre en el cementerio. Hace una madrugada helada, espesa de niebla meona. Oye el tolteca emplumado, primero a las plañideras, luego el ulular del fuego en las bujías y los cirios. Oye las brasas, y un corazón de mujer que palpita diferente al del resto de la muchedumbre. Ve una cabellera áurea. Conforme se acerca ve un codo, unas venas azules en el antebrazo, visibles aún con el débil resplandor de una veladora. Un cuello largo en la penumbra, unos labios de color rosa húmedo. El tolteca está asombrado de su belleza, su esbeltez, aunque quizá se enamoró hasta que vio su mirada. Tuvo que ser después de la boca, que le vio sus ojos, un incendio azul, como las flamas eternas del inframundo, del Mictlán; aunque dóciles, casi suplicantes. Sorpresivamente ella también lo mira. Ella no advierte que está ante una aparición, un fantasma, y se deja admirar y le obsequia una sonrisa amable. En una mano ella sostiene, delicadamente del tallo, una flor de cempasúchil. El tolteca camina hasta la rubia y se prosterna, ofreciéndole como muestra de amoroso cortejo, una de sus zarpas delanteras. Su mirada era quizá, la del jaguar agazapado, pero la muchacha miraba a un príncipe, y a través de sus ojos negros, las más lejanas estrellas. Una anciana se ha dado cuenta del idilio, se estira sin pararse y le jala la manga al esposo, al gringo, que está ocupado examinando cada objeto de cada altar, la comida, el atole, las calaveras de azúcar, las cruces dibujadas con ceniza y sal. Todo le era sorprendente. Para cuando se volvió ya no encontró a su mujer. Dicen haber visto al tolteca huir con la embelesada gringa en sus brazos, cerro arriba, dando grandes zancadas, desplumándose con la velocidad, en el cuerpo de las sombras y la niebla. Que los ecos de sus pies duros se oyeron como

tambores hasta que rayó el amanecer. Y que el norteamericano, enloquecido por el rapto y la burla, más que el amor, le prendió fuego al cementerio y al cerro; sólo para dejarse morir, calcinado entre sus frías llamas.

Cuentan que el tolteca devolvió la mujer al año siguiente. Que amaneció en la banca del quiosco, encinta, malnutrida y oliendo a orines. Dicen que había perdido la cordura y que no hablaba. Que murió en el alumbramiento; y que su hijo, güerito y también de venas azules, nació con malos pulmones y también murió, apenas unas horas después.

Al tolteca emplumado no se le volvió a ver nunca más. Pero la gente del pueblo, en su día, que es el mismo para todos los muertos, le sigue ofrendando las campanadas al alba, el cempasúchil y los figurines plasmados en el papel china, que cuelga y ondea en cada calle, para que el pueblo y sus habitantes sigan prósperos y con salud.

¿Cuántos años habrán pasado? Es difícil precisar el año en que esta leyenda comenzó a narrarse. Y no dude el lector, que también se ha dicho, eso sí, con la debida reserva, que quizá la muerte del tolteca emplumado, a manos de los españoles, se debió a que este haya visto también a la virreina, como a la gringa, con ojos de enamorado.



DESDE EL PAÍS DEL SILENCIO

Segundo lugar del

III Certamen literario modalidad relato breve

Isabel Hernández

Chile

A partir del triste folklore del exilio y siendo aún muy niña, comencé a escuchar verdades relativas y mentiras soberbias.

Escapé de Chile dejando atrás una tierra sin aliento. De la mano de mi madre, vi a mi padre cruzar la frontera sin mirar atrás, arrastrándose con la pereza de un lagarto. No sabía que se iba para siempre.

Lejos de la peste represora, de las legendarias juventudes militantes, lejos del país que no se puede olvidar, aprendí que el exilio es silencio. Sólo unas pocas voces fueron capaces de destruirlo, de quebrar el eco de los teatros de operaciones, de las masacres, del aullido de los campos de tortura, las pesadillas del sometimiento y la humillación.

Yo también rompí el silencio, muchos años después. Volví a Chile sola, con el corazón desbocado y sin imaginar que seguiría tragando fango en otro largo exilio interior.

Me quedaba mi abuelo. Él vivía al sur de Santiago y yo lo visitaba muy a menudo. Había superado la barrera de los ochenta, pero los años no habían conseguido convertirlo en un fantasma de sí mismo. Estaba lúcido, aunque yo sabía que pronto iba a morir de viejo, desgastado. También sabía que entre nosotros había una profunda cercanía, una gran complicidad que ninguno de los dos se permitía admitir. Al menos era lo que yo creía.

Una tarde crucé el umbral de la casa familiar, los postigos estaban cerrados y el último tronco había muerto bajo las cenizas. Un silencio sombrío extendía su dominio. Fui hacia el único dormitorio habitado y allí estaba el viejo en su cama, muy cerca ya de su final. Lloraba silenciosamente, con la timidez de alguien que rara vez ha llorado en su vida.

Sus ojos habían perdido la luz y su la voz era seca, monótona.

Movía los dedos con gracia persuasiva, como entregando a las palabras la forma convincente que no alcanzaba darles al pronunciarlas. Me señaló un mueble desvencijado y puso en mis manos una llave que sacó de entre sus almohadas.

-La caja verde.

Hizo una pausa y me clavó los ojos.

Durante lo poco que recuerdo de mi infancia en mi país, ese dormitorio era mi lugar preferido. Allí había escuchado muchas historias de esas que se mezclan y se olvidan. Historias que flotan en la bruma, vuelan con el viento o viajan a través de los años desfiguradas por el filo de las repeticiones. Pero detrás de esos cuentos de familia feliz, se escondía una cierta amargura que con el paso del tiempo había aumentado. Yo lo percibía sin entenderlo, porque, en eso, el viejo era parco, ensimismado, aunque lo hostigara con un enjambre de preguntas.

¿Cómo imaginar que ese ser tan querido, a quien sólo creía culparme de pecados irrelevantes, había construido una vida de ficción para esconderse? ¿Cómo entender que era parte del infierno, de la más silenciosa, grisácea y deprimente camada de miserables?

Abrí la caja.

Tenía en mis manos unas insignias que me quemaban los dedos.

Pensé en el sentido de toda esa basura y al principio me pareció trivial. Eran piochas con el nombre de mi abuelo, colleras, placas de un comando de fuerzas especiales, medallas militares, condecoraciones y todos los putísimos emblemas pinochetistas.

Hubo otro silencio. La voz del viejo se engrosó por la emoción.

—Nadie lo sabía, nadie lo supo nunca. Yo sólo era un civil.

Lo interrogué con la mirada.

—Fuimos muchos los del comando.

Se enturbiaba su voz entrecortada. Me asustaron sus palabras.

—Ahora dicen que los marxistas no eran delincuentes. Sí que lo eran.

Una hebra de saliva roía la comisura de sus labios.

—Yo ya no quería más muertes, te lo juro, hijita. Los mandos me obligaron.

Tiritaba. Era una golondrina herida que al final del otoño sólo

espera resignada el frío que inevitablemente la matará.

—Después vino el pacto de silencio.

Su corazón se descontrolaba. Había un arrastrar de piedras por su garganta, era el ronquido de la muerte.

—Me obligaron. Yo ya no quería más, ya estaba viejo... Pero me entrenaron bien y esos militares sabían que yo lo hacía bien. Sabía reducir a los comunistas sin dejar rastros. Así era.

Una mueca estúpida le deformó la cara.

—Ellos humillaban a la patria. Y al General querían verlo muerto.

Enarcó las cejas y sonrió.

—Primero el deber, segundo el deber, y tercero, que el deber quedara bien cumplido—. Puso los ojos en blanco.

—Nunca busqué honores, nunca. Y ahora busco tu perdón, ya no el de Dios.

En esas últimas palabras sentí el miedo o algo peor: el asco. La señal, la marca de su casta. ¿Qué hacer con la infamia? ¿Qué hacer con la confesión del que muere sobre unos cojines mudos, aplastado por el llanto amargo del remordimiento?

Ese querido viejo era un delincuente, un asesino de inocentes. Era el padre de mi padre, era un cobarde, un traidor. Se puede amar a un criminal, pero ese amor estará siempre enredado en la culpa, la propia y la ajena. Desde el día después del funeral, volví a exiliarme para siempre en el país del silencio.



ADIÓS, QUERIDO

Tercer lugar del
III Certamen literario modalidad relato breve
Ramón Grimalt
Bolivia

—Si te vas ahora, prometo que todo quedará entre estas cuatro paredes. Le dijo ella, saboreando aquel momento que había esperado durante años. Demasiados años.

Él la miró con desprecio. Como siempre.

—No pienso irme. Esta es mi casa. Yo pago la hipoteca. En todo caso, si alguien se tiene que largar, eres tú.

Ella calló. Aquel no podía ser el hombre con quien se había casado, de blanco, con fiesta y viaje de novios. En algún lugar leyó que el paso del tiempo añeja el amor, mata la pasión y aviva la costumbre; pero no sabía que envilecía a las personas. En aquel momento, mientras la tarde languidecía detrás de la cordillera nevada, ella sacó fuerzas de un rincón desconocido.

—¿Me escuchas? ¿Te ha quedado claro? Yo de aquí no me muevo.

—Entonces llamaré a la policía.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú? No me jodas, querida.

Querida. Cuando la quería herir siempre terminaba del mismo modo. Hubo un tiempo en que esa palabra tenía un significado; ahora lo había perdido.

—Así que ya sabes. Si vas por ahí contando sobre lo nuestro, te irá mal.

—No hace falta que lo divulgue. Todos los vecinos saben cómo eres.

—¿Y cómo soy? Si puede saberse.

—Pues...

—¿Pues qué?

—Pues...

Ella abrió todos los cajones de su cerebro buscando una palabra. Él parecía disfrutar con su sufrimiento.

—¿Ves? Lo sabía. Eres una inútil. Siempre lo has sido. Y yo, lo suficientemente imbécil para casarme contigo.

—Eres una mierda. Replicó ella conteniendo las lágrimas.

—¿Mierda? ¿Es todo? A mí se me ocurren varias palabras. Otros adjetivos. Pero claro. Qué puede pedirse a alguien que apenas terminó el colegio... Yo, en cambio, tengo un título. Una profesión.

Ella comprendió que entrar en un debate era inútil. Se puso en pie, se acercó al mesón de la cocina, cogió una taza y sirvió café.

—¿Quieres? Le ofreció.

Él sonrió con ironía y bebió un sorbo.

Lo que no sabes es que fui la primera de la clase en química.

Él sintió que se le iba la vida mientras ella se despedía.

—Adiós, querido.



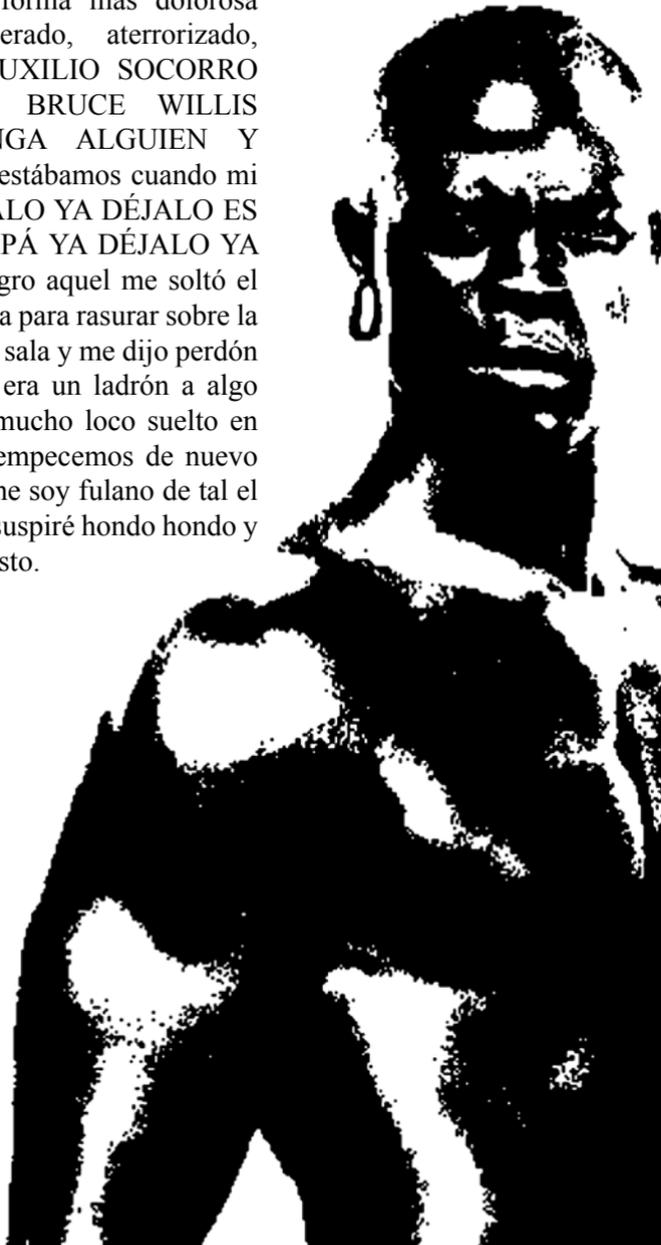
Eduardo Caballero

MI INOCENTE HIJA

Primer lugar del
III Certamen literario modalidad cuento
Francisco Enríquez Muñoz
México

No recuerdo si fue lunes o sábado Bueno, el caso es que aquel día, cualquiera que éste haya sido, yo salí temprano de la oficina, ajá, sí, como a las seis de la tarde Luego, una media hora después, saqué las llaves, abrí las dos cerraduras de la puerta metálica y entré a mi casa Exclamé YA LLEGUÉ YA LLEGUÉ por aquí, por allá y por acullá, y nadie acudió a saludarme Deduje que no se encontraba ninguna de mis dos mujeres, ni mi esposa de cuarenta veranos ni mi hija de diecinueve primaveras. Quién sabe adónde se habían ido, pero pensé que ambas se tardarían en regresar Mejor dicho, deseé que ambas se tardaran en regresar Me gustó la paz y el silencio Pero hacía mucho calor Así que abrí las ventanas y empecé a quitarme la ropa También puse en funcionamiento el ventilador del techo Y enseguida me acosté en el sofá de la sala, completamente desvestido en la penumbra De pronto, se abrió la puerta del baño y, ¡zaz!, vi a mi hija también en pelotas que acababa de bañarse ahí, y ella me vio a mí y gritó y casi se desmayó Entonces, tras ella, emergió un musculoso tipo negro, cuya cabeza estaba totalmente rapada y cuya estatura alcanzaba fácilmente los dos metros, que sólo llevaba puesto un arete dorado Mi hija permaneció de pie, sumida en la práctica de ese legendario arte femenino de cubrir los pezones y la unión de las piernas con una equis de los brazos El negro me arrojó una mirada dura, de dos piedras, de esas que serían capaces de tumbar cocos Me agarró del pene y, desplegando mi navaja para rasurar con la diestra, vociferante explicó que me lo iba a cortar, que me iba a matar, que me iba a morir, y yo me puse a llorar, ajá, sí, a llorar y supliqué una y otra vez que no me hiciera nada, que se llevara todo lo que quisiera, que vaciara la casa entera, que se robara hasta los focos, pero que me dejara el pene en el mismo lugar y morir de viejo, que, por favor, por Dios, por la Virgen, por lo más quisiera en esta vida, no le causara ni el más mínimo daño a mi inocente hija, que no se atreviera a tocarla ni con el pensamiento o me las iba a pagar, conocería cara

a cara al asesino sádico que llevo dentro, me vengaría de la forma más dolorosa posible, y, desesperado, aterrizado, me puse a gritar AUXILIO SOCORRO VEN SUPERMAN BRUCE WILLIS JESUCRISTO VENGA ALGUIEN Y AYÚDEME En ésas estábamos cuando mi hija ordenó YA DÉJALO YA DÉJALO ES MI PAPÁ ES MI PAPÁ YA DÉJALO YA DÉJALO YA y el negro aquel me soltó el pene, colocó mi navaja para rasurar sobre la mesita de centro de la sala y me dijo perdón señor creí que usted era un ladrón a algo peor ya ve que hay mucho loco suelto en esta ciudad pero ay empecemos de nuevo permítame presentarme soy fulano de tal el novio de su hija y yo suspiré hondo hondo y le dije hola mucho gusto.



Eduardo Caballero

LO QUE DURE UNA BOTELLA

Segundo lugar del

III Certamen literario modalidad cuento

Rita Evelin Díaz Blanco

República Dominicana

Es domingo y no hay nada que comer ni beber en ese pertrecho que llamaba bohío. La impaciencia lo carcome y el cuerpo pide, aunque sea una gota de ron. No tiene dinero ni mercancía para intercambiar en el colmado. Solo le queda la ropa vieja y sudorosa que, mal lavada por falta de mujer, ni él mismo soporta. Sale y mira a todos lados, como buscando quien le pueda ofertar el trago. No ve cara conocida. Se enfurece al tropezar con la chiquilla mugrienta y despeinada que está viendo televisión en la salita. Refunfuña y echa atrocidades por la boca, cosa que ella no entiende. No hizo nada. Solo estaba ahí sentada.

Ni siquiera se queja.

Sigue paseándose como loco por toda la casa, se desespera, siente escalofríos y sale de nuevo a la calle. Al regresar llama a la infanta con voz severa. Casi no pudo levantar la vista cuando el padre le anuncia por primera vez que alguien quería verla. No entiende lo que pasa y solo alcanza a ver unos zapatos marrones oscuros con rasgaduras en la parte frontal. Su padre le acaricia la cabeza y ríe por lo bajo mientras la acompaña al cuartucho. Le pide que espere, que ya viene alguien que quiere conocerla. Espera que se porte bien y no lo haga enojar. Al regresar, el hombre viene escoltado por otro hombre con una botella en la mano. Ella sigue sin entender, pero no puede contradecir a su padre pues sabe de lo que es capaz. Le han llovido los correazos en su espalda tierna por hacer preguntas necias de muchachos que no entienden nada. O al menos eso le repetía él para justificar los azotes.

Conversan entre ellos y se ponen de acuerdo para empezar y terminar. El que tiene más prisa es el que se quedará con la botella. Le tiembla la mano de pensar en llevársela a la boca. Se pone impaciente y se la arrebató, al momento que le recomienda a su amigo que la trate con cuidado por si llega a necesitar otra botella. El otro sabe que ha encontrado una oportunidad: solo tiene nueve años y no sabe nada de la vida. Así que, mientras consiga una botella de licor, tendrá asegurado uno que otros placeres.

Con los días, se hizo famoso el intercambio entre los amigos del primer visitante, quien recomendaba el trueque como una experiencia incomparable. El padre se dio cuenta del gran negocio: una forma gratis de conseguir ron. No le remordía ni un poco la conciencia con el intercambio. Si la madre, que es la madre, se fue, puesto que no servía para nada, qué habría de esperar de él. Era

un hombre bruto, acostumbrado a la mala savia y alcohólico por naturaleza. Eso decían sus vecinos y eso quiso creer porque así era más fácil la vida.

La niña no entiende, su cuerpo adolorido tampoco. Es casi fin de semana de nuevo y los amigos de su papá que quieren verla han desfilaro por la casa toda la semana. Algunos aseguran que volverán. ¿Por qué quieren volver? Acaso, no les duele y molesta como a ella. A veces se acerca al padre tratando de averiguar qué está pasando, pero no se atreve a preguntar nada. Siempre está de malhumor y teme que le pegue por hacer preguntas necias. Cuando sus amigos vienen con la botella, él la lleva al cuartucho sonriendo. Es la única vez que lo ve sonreír.

En días como esos desea que vuelva su madre. Nunca fue cariñosa, pero está segura de que ella no le permitiría que sucediera aquello. Todavía recuerda la mañana en que se fue. No dio explicaciones, solo dijo que necesitaba salir de esa pobreza que se la estaba comiendo viva, que le pusiera caso a su padre y no diera dolores de cabeza. Ella solo asintió sollozando, como avecinando lo que estaba por venir.

Ella aprende rápidamente a asociar los días con el consumo de su padre. Las que más duraban eran las de su primer visitante y creyó que él lo hacía a propósito para cuidarla un poco. Su ingenua fragilidad de niña veía en su detractor una pizca de misericordia que no existía. Le tomó un poco de cariño pues no era tan brusco como los demás, al mismo tiempo, porque le daba un corto descanso mientras su papaito degustaba aquel botellón color azucarado como el que ella hacía cuando tenía hambre y solo encontraba azúcar y agua. Su visita le daba hasta dos días completos de tranquilidad y felicidad a su papá. Lo que se traducía en doble tranquilidad.

Como los colores de su agua y la de la botella de él eran tan parecidas, en una ocasión, cuando ya la botella estaba casi al acabar, mezcló agua y azúcar y la volvió a poner a la mitad. Él no se dio ni cuenta que tenía un poco más, lo que le pareció extraño era el sabor que había encontrado, más simple de lo habitual, pero tampoco se quejó. Eso le dio otro día de tranquilidad a la miserable criatura. Ella vuelve a la mecedora destartalada de la galería y entre murmullos, que parecían rezos, se escuchaba una tierna voz que repetía incansablemente:

—¡Qué no se le acabe la botella! ¡Qué no se le acabe la botella!



Eduardo Caballero

HORA DE DORMIR

Tercer lugar del
III Certamen literario modalidad cuento

Crista Aun
México

Ocho de la noche, el día y la pesada jornada en tribunales te cobran factura, las piernas te arden, la cadera te duele, la cabeza te estalla. Los niños juegan en la sala, gritan, lloran, se quejan, luego ríen, para ellos un juego, para ti el caos. Bajarás el volumen del televisor que tienes en la cocina, prenderás la estufa y recalentarás la sopa que sobró de ayer; revisas la bolsa de pan, de las tres piezas restantes dos tienen lama, tiras todo a la basura. Fijarás tu atención en el caldo, está desabrido, no te importa, igual lo calientas. Apagas el televisor, el escándalo de los niños y el ruido que emite el aparato, hacen que la locura te acaricie la nuca. Les pedirás calma, te ignorarán. Sales de la cocina, te quitas los zapatos, los avientas a una esquina. Buscas tu bolsa, sacas un frasco ámbar que guardabas dentro, vuelves a la cocina; condimentarás la sopa, no la probarás.

¡Braulio, Karina, a cenar! Los niños correrán a la mesa, se prepararán a la silla, tú les servirás la sopa y te sentarás a su lado. ¿No vas a cenar, mami?, te preguntarán, negarás con la cabeza. Permaneces callada, miras sus caras, su pelo, los recorres despacio con la mirada, a ratos cerrarás los ojos y te concentrarás en sus voces. ¡Mamita, dile a Braulio que deje de verme así! Dejen de pelear y cenén, responderás.

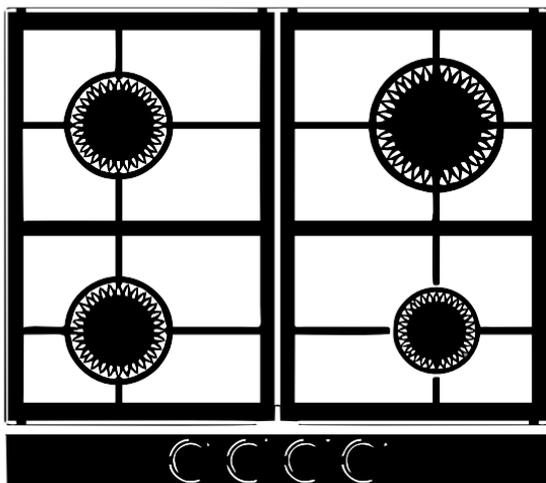
Tus manos tiemblan, entrelazas los dedos sobre la mesa, la tiritera te sube por los brazos y se aloja en tu pecho en forma de angustia. El corazón te emigra a las sienas que te palpitan con fuerza. ¿Qué tienes, mami?, la pregunta tiene más respuestas de las que una niña de tres años puede comprender; le responderás que nada, pero sabes bien lo que tienes y aun así, permaneces sentada, continuas con el pacto que hiciste contigo misma. Los ojos se te humedecen, la garganta se te cierra, aprietas la mandíbula y pasas saliva. Acábense la sopa que ya es tarde, dirás levantándote; verlos de frente, con sus caritas redondas y ojos grandes, te recuerda aquello que te tiene tan sensible. ¡Ya no quiero sopa, ya me llené!, te dice Braulio, que con sólo seis años

te habla con la franqueza de un adulto; ¿dónde quedó tu niño?, te preguntarás y te dolerá reconocer que habla y se comporta igual que su padre. Acábatela o papá no te llevará a vivir con él a la casa con alberca, lo amenazas. Braulio levanta el palto y bebe la sopa. Vamos, Karina, termina de cenar que mañana madrugan para ir con papá, les dirás, dándoles la espalda y refugiando tu tristeza en el fogadero.

Quedan los trastos sucios en la tarja, la olla destapada en la estufa y los vasos sobre la mesa, la limpieza carece de importancia. Apuras a los chiquillos con el baño. Mami, tengo sueño, dice Karina, tallándose los ojos con las manos en puño; le enjuagarás el pelo bajo el chorro de agua tibia, te asegurarás de retirar toda la espuma que le corre por el cuerpo, cerrarás la llave y la abrazarás con la toalla. La niña bosteza, la levantas entre tus brazos y la llevas a la recámara, sólo la pequeña lámpara del buró alumbraba la habitación. Anda, Braulio, báñate mientras alisto a tu hermana, le dices con voz serena pero firme. ¡Tengo sueño, no me voy a bañar!, responde. Muy bien, a ver si tu papá te quiere así de sucio en su casa. Luchando contra la modorra y la flojera se bañará. El esfuerzo que hace te duele, sabes cuánto desea vivir con su padre, reconoces que nunca podrás competir con él, con su familia, con su dinero, jamás podrás darles lo que él, en esta partida estabas derrotada mucho antes de que supieras que todo era un juego.

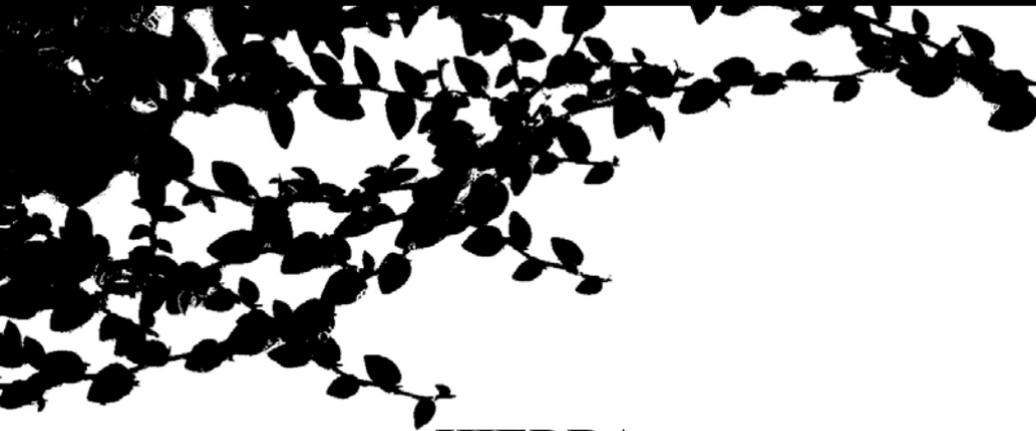
Braulio saldrá de la regadera arrastrando los pies, acabándose el aire de la habitación con un bostezo. Karina, entregada al sueño, ya tiene la cabeza en la almohada. Invitas al niño a la cama extendiéndole la mano, la misma cama en la que han dormido los tres durante los últimos dos años. Lo arropas y permaneces acostada a su lado. El llanto te traiciona, lo liberas, intentas disimularlo besándolo en la frente. ¿Por qué lloras, no tienes ganas de ir a vivir con papá?, te pregunta, colgándose de la creencia de que tú también irás. Pones el dedo índice sobre sus labios, Shhh, Karina ya se ha dormido, susurras, duérmete tú también. La pesadez del sueño le impedirá ponerte resistencia, la respuesta a su pregunta quedará pendiente. Los ojos se le cierran. Te quedas ahí, helada, imaginando tu vida sin su presencia.

Ha pasado una hora, te levantas de la cama sin temor a despertarlos, el sueño es profundo, nada podría despertarlos. Te diriges a la cocina, bebes el resto del líquido que vertiste en la sopa, abres las cuatro llaves del gas, regresas a la cama y envuelves con tus brazos a ambos pequeños. Conforme cedés al sueño, recordarás el móvil de tu venganza; te cuesta trabajo olvidar la mueca cínica y las palabras hirientes con que te aniquiló aquella mujer a quien jamás habías visto, pero de la cuál conocías su existencia; la misma de la que él sólo te daba quejas, a la que prometió dejar para vivir por siempre a tu lado, a la que según él, nunca quiso como a tí; la misma que esta mañana te abordó saliendo del juzgado, luego del fallo que de por sí te tenía herida: Has sido ilusa, ¿en realidad creíste que te quería?, fui yo quien le pidió que te sedujera, ¿es a mí a quien le quiere dar los hijos!, tú sólo eres un vientre... Necia, nos has hecho perder mucho tiempo, despídete de ellos y acéptalo, esos niños siempre fueron para mí. Ya nada importa, la casa es pequeña, todo terminará pronto. La casa grande, la de la alberca, al igual que la pregunta de Braulio, quedará pendiente.



Eduardo Caballero





HIEDRA

Primer lugar del

III Certamen literario modalidad poesía

Pedro Jara Vera

España

He vagado, desesperado,
por la sobria y fría estepa de mis recuerdos,
como hiedra que busca alguna sujeción,
como enredadera que escala el único balcón
donde se accede al pretil de tu memoria.

Apostado ahí revisé la extinción de tu amor,
desde allí vi alejarse su estela.
Por eso, como una hiedra abatida
me aposto ahora bajo las piedras,
para competir con gusanos y alacranes
por horadar más hondo bajo la tierra.
Busco algún oscuro sepulcro en el que llorar
mientras transcurre la última e infinita espera.

La vida pasa sobre mí
pero yo no camino sobre ella;
si ni siquiera puedo respirar,
¿qué importa estar dentro o estar fuera?

LA MUCHACHA DEL HORIZONTE

Segundo lugar del
III Certamen literario modalidad poesía

Senén Orlando Pupo

Cuba

Veremos la resurrección de las mariposas disecadas...
Federico García Lorca

Mi primer día de universidad fue de singular belleza
yo había dejado crecer mi cabello como talismán de libertad
y auguraba el dominio de mis deseos por estudiantes desojadas de
eufemismos.

Llamó mi atención el impecable jardín florido,
lo menos, podía esperarse de un Instituto Agrícola,
más pasé muy cerca de una jardinera de claveles
y vi la tierra promovida: “ya pasó por aquí el primer enamorado.”

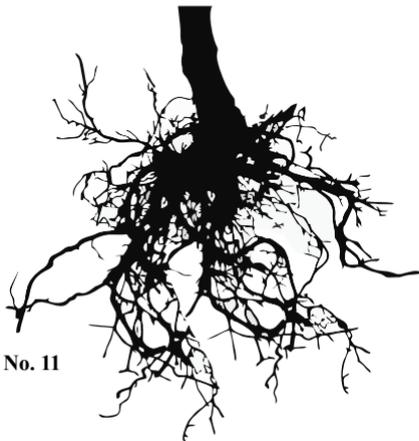
Veremos allí la resurrección de la flor
que todavía estará amenazada para siempre.

El desolado lugar y la rojez del polvo heredado en los muros blancos
aún me cautivaron más. Yo iba a quedarme allí solo, es decir, sin mi familia,
sin mis amigos, con mi soledad para mí solo. Como el que va a dormir
y apaga la luz para que no descubran su viaje imaginario a la verdad.

Coloqué mis pertenencias en el suelo rojo
y vi como los gorriones daban la bienvenida a los otros alumnos,
y vi ondear la bandera con inusual gallardía bajo un cielo improvisado para
el acto,

y vi más. Vi aparecer una muchacha travestida de horizonte, muy lejos
¿con un clavel florido arrancado de raíz en las manos?

mientras sacudía delicadamente la planta para que la tierra regresara a la tierra.



A LO QUE HUELES TÚ

Tercer lugar del

III Certamen literario modalidad poesía

Patrocionio Gil Sánchez

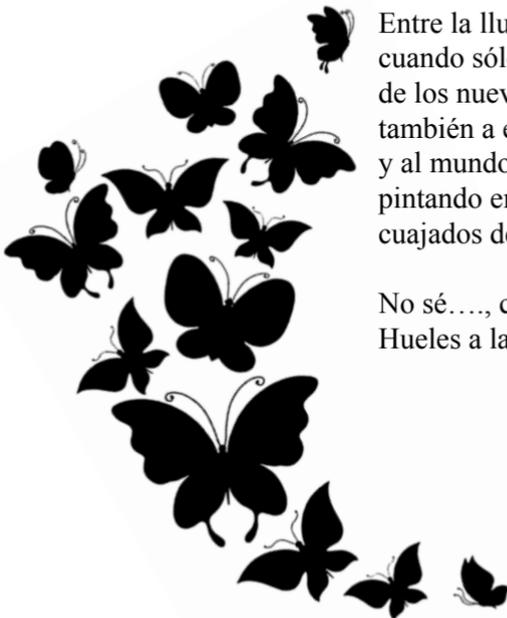
España

Para ti, prenda del atardecer,
por esas mariposas de tus ojos de lluvia

Sobre todas las cosas
huelas a niña chica con coletas
y a una mesa con pan en la cocina
enhebrando caricias y suspiros
de un ayer que se queda en los recuerdos
porque volvieron todas las estrellas
y dejaron en ti olores de canela
al vuelo de la brisa de un alba amanecida
con escharcha en las flores.

Entre la lluvia mansa huelas a aullar de risa
cuando sólo tenías el frágil paraíso
de los nueve o diez años;
también a ese pasado que los sueños evocan
y al mundo prodigioso de saltar a la comba
pintando en cada salto el color de los trigos
cuajados de amapolas.

No sé..., cuando vienes riéndote,
Huelas a la primicia de tus labios de azúcar



ALGUNA VEZ

Mención honorífica del

III Certamen literario modalidad poesía

Guillermo Echevarría Cabrera.

Cuba

*El poeta no es un filósofo,
sino un clarividente.*

Juan Ramón Jiménez

Alguna vez le acaricié el pecho a las dudas
-mientras- un rebaño de angustias
cenaba de mis pastos para matar el hambre.

Leía cartas con imprecisos recuerdos
que no podía descifrar
por la indecencia de sus tintas.

Pinté la mujer pensada
y los oleos se licuaban en el lienzo
sin poder cotejarle el rostro.

Me enamoré perdidamente,
un fantasma anidaba en el fondo de mis días,
sufrí escondido detrás de cada lagrima.

Soñé que fabricaba besos
en el filo de unos labios púrpuras
brillantes y fogosos como el sol.

Jamás me conformé con despertar
-lo confieso-

Mi poeta quería más.



LA PIEL DEL TIGRE

Mención honorífica del
 III Certamen literario modalidad poesía
 Yonnier Torres Rodríguez

Cuba

1

Sólo William Blake conoce la piel del tigre\ Yo me quedo de este lado\ Sostengo la utilidad del puente\ pliego las hojas de metal ante el paso de los barcos\ ante el desfile de la miseria.

Para ser feliz me bastan los peces\ y algún que otro pájaro\ que de vez en cuando\ solo de vez en cuando\ dibuja círculos en el cielo.

2

Sólo William Blake domina los contornos de la estepa\ Yo me interno en la espesura\ entre los campos de arroz\ los cañaverales\ Sostengo la utilidad del monte\ trazo rutas en la enramada\ presiento la urgencia del agua\ la proximidad de los perros.

Para alimentar la Historia bastan las perdices\ y algún que otro ciervo\ que de vez en cuando\ solo de vez en cuando\ me blanquea la mirada.

3

Sólo William Blake le ha perdido el miedo a la sequía\ Yo permanezco de pie sobre el muro\ velo la paz de los muñecos\ coloco cintas amarillas que dominen la inquietud de los transeúntes\ Sostengo la utilidad de la noche.

Para cargar el peso de la Isla me basta el sonido de las olas\ y la luz del faro\ que de vez en cuando\ solo de vez en cuando\ ilumina la ciudad.



LA TEJEDORA Y EL AGUA

Mención honorífica del
III Certamen literario modalidad poesía

Rocío Ravera
Uruguay

Suspendidas en equilibrio,
diminutas perlas de agua
bordan la delicada trama de la araña.
Tiembla la tela al pasar la tejedora
¡Ay Aracne!
No te muevas
Que un mosquito incauto
Ha caído en tus redes.
Y yo de lejos
Contemplo el drama
Mientras piso el
Cristal quebrado
de la escarcha en los charcos.

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org



¿QUÉ ES ESCRIBIR?

Cecilia Durán Mena

Según el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, escribir es representar ideas, palabras, números o notas musicales mediante letras u otros signos gráficos. También se define como una fórmula para representar, es decir: los nombres propios se escriben con mayúscula inicial; la ortografía ofrece criterios y normas para que los hablantes tracen la lengua correctamente. Por supuesto, las enunciaciones al respecto quedan a deber. Sentimos que algo falta, que escribir no puede ser alinear letras siguiendo una receta. Si así fuera, todos escribiríamos igual y queda claro que no es así.

Por eso y en ocasión de la edición del número del segundo aniversario, preguntamos a nuestros autores qué significa para ellos escribir.

María Elena Sarmiento: Escribir es sumergirme en mi amasijo interno, extraer lo que me parece interesante, darle vueltas una y otra vez en mi organismo hasta encontrarle cierta coherencia y ser capaz de plasmarlo.

Tony Cantero: Para mí personalmente, escribir es el mejor de los juegos conceptuales que he encontrado para salir de mí mismo. Y el más sano de los vicios al cual podemos apegarnos, ya que hasta sin tener el talento de escritor, llega a ser una actividad benéfica y curativa.

Andrea Fischer: Escribir es un encuentro: el diálogo de pájaros con plumas y pájaros de tinta. La sucesión de caracteres-palabra, palabra-idea, idea-sentido, sonido, suavidad, sutileza. Escribir es la superposición de elementos sensoriales en el campo tangible de las palabras, que sublima la expresión humana en un mismo impulso, composición, sentido, textura, sonido: en el texto.

Enrique Héctor González: Escribir es cribar, no escarbar. Podar, recortar, no explorar ni buscar. A partir de lo que a uno se le ocurre —y yo, lamentablemente, no hago planes para escribir, sino que uso los plenos poderes de lo que surge al azar, a lazar— y suelta por escrito, queda siempre la ingrata o agradable tarea de la reducción, nunca la adición. De mocharle a la piedra lo que le sobra para dejar la escultura como debió ser, en el *dictum* de Miguel Ángel.

Guadalupe Alessio Robles: Escribir es plasmar sensaciones, aumentar el gozo y lograr un estado de bienestar. Desentrañar ideas y pensamientos ocultos en la psique, expresar sentimientos y comunicar aquello que es visible e invisible.

Alberto Ibarrola Oyón: Para mí escribir es expresar todo aquello que se aloja en mi interior y que requiere de una forma especial de comunicación,

que encuentra su cauce adecuado en la literatura o en el artículo político de opinión”.

Virginia Meade: Escribir para mí es soltar las herramientas de la imaginación, para arriesgarme junto con los personajes, a explorar los caminos que forjarán su historia y una aventura para mí.

Yamil Narchi Sadek: Escribir es un paseo en zancos para apreciar el paisaje del precipicio. Es plantar pequeños edificios que viajen lejos, jalando insistentemente la raíz que dejaron. A veces, es simplemente poner la taza de café sobre el mantel y estar orgulloso de lo redondo de la mancha.

Cecilia Durán Mena: Escribir es liberar historias, vencer la hoja en blanco con palabras, puntos, comas, silencios y dejarlas recorrer el camino que han de andar para encontrarse con el lector. Es enfrentar la pluma y rendirse para dejarse llevar por su impulso. También, ¿cómo no?, escribir es desnudarse.



CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Mesa de edición y arbitraje:

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Yamil Narchi Sadek

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas:

Daniel Moreno Cruz.

Diseño Editorial

Depto. de Arte y Diseño
IMPRECEN, S.A. DE C.V

Fotografía de portada

Daniela Fischer D. Incienso

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.



Pretextos literarios por escrito

es una revista bimestral. Número Once. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Imprecen SA de CV, carretera Guanajuato-Juventino Rosas, Km 12, Col. La Carbonera Guanajuato, Guanajuato.

Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.
Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Esta edición consta de 3000 ejemplares.
Circulación Noviembre-Enero

Ultimátum

*¡Nublan mis ojos imágenes opuestas,
y a las mismas imágenes
otras, más profundas, las niegan,
ardiente balbuceo,
aguas que anega un agua más oculta y densa.
En su húmeda tiniebla vida y muerte,
quietud y movimiento, son lo mismo.*

*Insiste, vencedora,
porque tan sólo existo porque existes,
y mi boca y mi lengua se formaron
para decir tan sólo tu existencia
y tus secretas sílabas, palabra
impalpable y despótica,
sustancia de mi alma*

Octavio Paz
La poesía (Fragmento)